

Minificciones

DESDE EL

ENCERR@





Ricardo Villanueva Lomeli

Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea

Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata

Secretaría General

Luis Gustavo Padilla Montes

**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles

**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein

Dirección de la Editorial

Primera edición, 2020

**Coordinación del concurso
y cuidado editorial**

Carmina Nahuatlato Frias

Juan Felipe Cobián

Jurado

Paola Guadalupe Sandoval Ramírez

Irma Cecilia Eudave Robles

Natalia Concepción Betzabé López Madrueño

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño

Paola Vázquez Murillo

Diseño de portada

Iordan Montes

Diseño de interiores

Paola Vázquez Murillo

Ilustraciones

Elena Guadalupe Guerrero Castro

Presentación

Sayri Karp Mitastein

Minificciones

DESDE EL

ENCERRO



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

Textos

© Ana María Schoua, Luis Efraim Blanco Salazar, Felipe Garrido Reyes, Mauricio Alberto Martínez Chimal, Martha Elizabeth Cerda González, José María Sánchez Mendoza, Carlos Norberto Castellón Chaparro, Itza Ximena Solís Robles, Gilberto Eduardo Moreno Díaz, Karla Elizabeth Esquivias López, Leonardo García Lozano, Lorena Gabriela Mora Casas, Perla Cristal Hermosillo Núñez, María Cristina Gutiérrez Martínez, Juana María López Zepahua, Marisol Ulloa Ortiz, Héctor Daniel Olivera Campos, Valeria Rodríguez Luna, Stella Maris Bellone, José Alberto Álvarez Moreno, Francisco Antonio León Cuervo, Fernando Iwasaki Cauti, Solange Pamela Rodríguez Pappé, Ana Pellicer Vázquez, Ricardo Ernesto Sumalavía Chávez, Patricia Esteban Ertlés, Karla Gabriela Barajas Ramos, Edgar Núñez Jiménez, Fernando Sánchez Cleto, Alba Darinka Rodríguez Lozano, Jennifer Guzmán Espinoza, Diego Covarrubias Quintana, Alan Issai Argüello Palomares, Oswaldo Estrada, Melanie Isabel Taylor Herrera, Daniela Castillo Gómez, Samantha Ivana Lamas Ramírez, Yonnier Torres Rodríguez, Camilo Andrés Montecinos Guerra, Luis Rico Chávez, Marcelo Arnaldo Felipe Medone, Diego Jesé Sedano Paz, Iván Ramírez López, Mustapha Handar, Patricia Martín Rivas, Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro, Patricia Elena Rivas Morales, María Dina Grijalva Monteverde, Ana Patricia Carrillo Padilla, Luis Carlos Velázquez Cortés, Alberto Antonio Sánchez Argüello, Willan Valdemar Castillo Briceño, Jesús Guerra Medina, Sara Magos Gómez, Marina Cabrera Hernández, Adriana Azucena Rodríguez Torres, Inés Martínez Cárdenas, Agustín Emmanuel Espinosa Bataz, Karen Alejandra Ríos Villegas, Paulo César Verdín Padilla, Anel Roxana Zavala Rodríguez, Jania Naomi Godínez Goytia, Soledad Jazmín Flores Lorenzo, Melissa Cordero Novo, Carlos Suárez González

Minificciones desde el encierro / Ana María Schoua ... [et al.]; presentación Sayri Karp. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2020. 112 páginas: il.

ISBN 978-607-547-934-7

1. Microrrelatos 2. Cuentos - Siglo XXI I. Schoua, Ana María, autor II. Karp Mitastein, Sayri, presentación

863.409 .M66 DD21
PQ7798.12 .R44 .M66 LC
FYB Thema

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-547-934-7

Noviembre de 2020

Hecho en México
Made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ÍNDICE

...

Presentación 13

SAYRI KARP

Antes de todo 15

PAOLA SANDOVAL

Antes 17

ANA MARÍA SHUA

Un jardín del edén 18

EFRAÍM BLANCO

Claudina 19

FELIPE GARRIDO

Samuel y Samuel 20

ALBERTO CHIMAL

Monólogo de la abuela 22

MARTHA CERDA

Apocalipsis 23

JOSÉ SÁNCHEZ

Parálisis	24
CARLOS N. CASTELLÓN	
(In)Afortunados	25
ITZA XIMENA SOLÍS	
Lay de cuarentena	26
GILBERTO MORENO	
Encuentro	27
KARLA ELIZABETH ESQUIVIAS LÓPEZ	
El rey de todo el mundo	28
LEONARDO GARCÍA LOZANO	
Cuarentena carmesí	29
GABRIELA MORA	
Cambio de oficio	30
PERLA C. HERMOSILLO	
Paramaria	31
CRISTINA GUTIÉRREZ MAR	
La de malas	32
J. MARÍA LÓPEZ	
Desprotegidas	33
MARISOL ULLOA	

Las bofetadas se dan sin manos	34
HÉCTOR DANIEL OLIVERA	
Sofi	36
VALERIA RODRÍGUEZ LUNA	
Mientras pase el temblor	37
STELLA MARIS BELLONE	
Castigo	38
JOSÉ ALBERTO ÁLVAREZ MORENO	
Palabra de dios	39
FRANCISCO ANTONIO LEÓN CUERVO	
A puerta cerrada	41
CECILIA EUDAVE	
Confinamiento	43
FERNANDO IWASAKI	
Intramuros	44
SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE	
Memoria de lo suspendido	45
ANA PELLICER	

Sueño 47	47
RICARDO SUMALAVIA	
Fábula	48
PATRICIA ESTEBAN ERLÉS	
Cuarentena	49
KARLA BARAJAS	
Del por qué se pierden los pares de calcetas en las casas	50
EDGAR NÚÑEZ JIMÉNEZ	
El sueño del laberinto (mini-obra en un acto)	51
FERNANDO SÁNCHEZ CLELO	
Bárbara	53
ALBA DARINKA RODRÍGUEZ LOZANO	
Caldo de menudencias	54
JENNIFER GUZMÁN ESPINOZA	
Catarsis	55
DIEGO COVARRUBIAS QUINTANA	
Diría que somos felices	56
ALAN ARGÜELLO	
Cortocircuito	57
OSWALDO ESTRADA	

Los cuarentinos	58
MELANIE TAYLOR	
Larga distancia	59
DANIELA CASTILLO	
Cuarentena	60
SAMANTHA LAMARIZ	
En la soledad del cuarto	61
YONNIER TORRES	
Sobrevivir	62
CAMILO MONTECINOS	
Compás	63
LUIS RICO CHÁVEZ	
Conversaciones con Julita	64
MARCELO MEDONE	
Mi pequeño Edén	65
DIEGO SEDANO	
Anuncios clasificados	66
IVÁN RAMÍREZ LÓPEZ	

¿Libres otra vez?	69
NATALIA MADRUEÑO	
La vida es sueño	71
MUSTAPHA HANDAR	
Dos mil treinta y cinco	73
PATRICIA MARTÍN RIVAS	
Nueva anomalía	74
SERGIO FIGUEROA	
Sucesos-19	75
PATRICIA RIVAS M.	
Primavera 2021	76
DINA GRIJALVA	
Gracias, Hollywood	77
PATRICIA CARRILLO	
Una tumba	78
CARLOS CORTÉS	
La paz de los sepulcros	79
ALBERTO SÁNCHEZ ARGÜELLO	
Extinción terrícola	80
WILLAN CASTILLO BRICEÑO	

Buena madre	81
JESÚS GUERRA MEDINA	
El encierro	82
SÁRA MAGOS GÓMEZ	
Paz	83
MARINA CABRERA	
Fábula del porvenir	84
ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ	
Detenidos	85
INÉS VON HURTEN	
El fin del virus	86
AGUSTÍN E. BATAZ	
Visitante	87
KAREN RÍOS	
Susana	88
PAULO VERDÍN	
Los confinados	89
ANEL ZAVALA RODRÍGUEZ	
El pájaro	90
JANIA GODÍNEZ	

40 días o 100 años de soledad	91
SOLEDAD FLORES	
La piedra	92
MELISSA C. NOVO	
Silencio coagulado	93
CARLOS SUÁREZ	
Autores	95
Jurado	97
Invitados	99
Ganadores	103

PRESENTACIÓN



Sayri Karp

La convocatoria literaria *Minificciones desde el encierro 2020* se concibió como un espacio de creación en libertad pese al confinamiento. El resultado superó por mucho nuestras expectativas y nos animó a crear un libro distinto a los que habíamos hecho.

Aunque las pandemias han existido siempre, los escenarios que hemos vivido han representado un gran reto. Esta crisis social y sanitaria por el covid-19 nos tomó incrédulos, pero también creativos: escritores de todas las latitudes, de muy variada trayectoria, y los escritores que lo eran por primera vez, enviaron sus propuestas. Recibimos más de seiscientas minificciones, y semana a semana cientos y cientos de lectores siguieron las rondas de publicación en nuestras redes sociales de los textos que pasaron a la primera fase del concurso. Luego siguieron bastantes horas de minuciosa lectura para que el jurado deliberara qué historias aparecerían en este libro, que poco a poco pedía ser más que la antología de los ganadores. Decidimos invitar a la ilustradora Elena Guerrero, porque las palabras querían decir mucho más, y convocamos a quince extraordinarios autores que colaboraron con obra inédita, como una forma de impulsar no sólo la escritura breve, sino también el talento literario recién descubierto.

Agradecemos a Cecilia Eudave, Paola Sandoval, Natalia López Madrueño, Mónica Arreola, Jorge Orendáin, Paola Vázquez, Jordan Montes y a cada uno de los autores invitados que apadrinan a los ganadores de este certamen, por todas sus aportaciones para la producción de este libro.

Deseamos que la escritura y la lectura no se detengan, que pase pronto la incertidumbre y que estas minificciones nos recuerden que más allá del mundo distópico en que ahora vivimos se encuentra la certeza de que juntos cambiaremos de página y, tarde o temprano, contaremos otra historia.



ANTES DE TODO

...



¡Oh, vosotros los que entráis —a leer en cuarentena— abandonad toda esperanza!

Bienvenido a este Apocalipsis de bolsillo en el que los reflejos asesinan y la zozobra está en libertad, aquí, te adaptas o mueres: de angustia, de pánico, de hambre, o por el siniestro aleteo de un murciélago que puso en jaque a la humanidad del otro lado del mundo.

No soportarás las voces de las encerradas vivas, las que se sacrifican y marchitan en espiral, ni los diálogos a una sola voz de la otredad, que le dan una vuelta de tuerca a la imaginación en los lindes del encierro y la locura.

Aquí, el Edén ya no es mito porque está en el rincón de la casa de un hombre que juega, que amenaza con ser Dios, él, vulgarmente nos ha reseteado y nos ha puesto de vuelta frente a un distópico destino, con acidez de buena gana en pequeñas dosis, las suficientes para asimilar que la Muerte ni siquiera es un escape tranquilo o esperanzador, porque ella está más preocupada por bajar de peso.

Y ya mejor ni te digo de los fantasmas, irredentos chocarreros que con sus murmullos nos recuerdan que no estamos solos en esta travesía y que tiempos pasados, en cuestión de pandemias, siempre fueron mejores.

Si tienes abuela, escúchala y no la ignores, su voz en este naufragio es el faro que da claridad con sus ideas frescas y longevas experiencias, o la que te advierte que algo huele a quemado en estos días de azufre en las paredes.

Lamentablemente, no hay Virgilio que te acompañe, él también se infectó.

Paola Sandoval



ANTES

...

Ana María Shua

—¡Antes era todo tan lindo, mi corazón! —dijo la abuela— Salía el arco iris todos los días, aunque no lloviera. Cuando nevaba, los copos tenían gusto a helado de vainilla. Nadie se enfermaba. Los árboles daban unas frutas tornasoladas, de sabor delicioso, que no costaban nada y bastaban para alimentarnos a todos sin necesidad de trabajar. Podían cambiar el sabor y la consistencia según tus ganas. ¿Te imaginas una fruta con el sabor y la textura de un pollo al horno? ¡Qué delicia! Yo era una jovencita muy parecida a ti, graciosa y delgada, pero tenía la piel verde y los ojos de color naranja. Podía ganarle una carrera a un leopardo y saltaba más alto y más lejos que un canguro. La gente andaba con la cara descubierta y se abrazaba por las calles. Cuando llovía, todos salíamos a bailar debajo del agua tibia, que no mojaba la ropa. El cielo estaba tan cerca que una persona grande, estirándose en puntas de pie, podía tocarlo con la mano. Era casi transparente y un poco húmedo. Los edificios altos se metían en el cielo, que los rodeaba de azul y a veces entraba por las ventanas, dejando un perfume a jazmín. Los nietos iban a la casa de sus abuelos. Por las noches la gente se reunía en los parques para recitar las poesías que habían compuesto durante el día, echándose el aliento unos a otros. Los niños habíamos inventado una trampa para atrapar estrellas fugaces y una vez...

—Basta ya, mujer, que va estallar el teléfono de tantas mentiras que le estás diciendo a esa niña.

—¡No le hagas caso, abuelita, sigue contándome cómo era todo antes del confinamiento!

UN JARDÍN DEL EDÉN

...

Efraím Blanco

Comencé el pequeño jardín en casa por ocio. Un pasto verde crecía con el sol del día a día y nada podía darme más paz que llegar a casa, observar aquel panorama en el patio trasero y perderme en su diminuto bosque. Aquel oasis era como una imitación del mundo real que me hacía sentir que escapaba a mi propio jardín del edén con sólo dar unos pasos. Decidí agregar un lago diminuto con una lancha y un pescador miniatura. El juguete se mecía con el viento a la espera de peces imaginarios que nunca llegaban a su anzuelo, pero me contagiaba de la misma paz de escapar por horas de noticias violentas y de miedo. A veces, el sonido de la televisión llegaba hasta el jardín, locutores que daban cuenta de notas internacionales, virus y pandemias de las que no debíamos preocuparnos, pero, algún día, podrían volverse en contra nuestra.

Fue una mañana de marzo cuando lo entendí todo.

Las abejas, las hormigas y otros animales que aparecieron por sorpresa, comenzaban a adentrarse en la penumbra de aquel bosque miniatura que se difuminaba a través de los muebles de la sala del departamento. Allí iban, arrastrando pequeñísimos carromatos llenos de provisiones. Para el día que las noticias anunciaron lo peor, me descubrí con el pantalón enrollado hasta las rodillas y con los pies hundidos a la mitad del lago, donde un asombrado pescador me miraba. Aquel hombrecito me tendió la mano y subí a su bote. El viento mecía delicadamente la superficie cristalina. La alarma de quedarse en casa sonó por todo el planeta. Otro mundo nacía alrededor. Vi los peces coloridos que se movían bajo el agua y vi a Eva a la orilla del lago. Un silencio digno del edén lo cubrió todo.

CLAUDINA

...

Felipe Garrido

Mira nomás, me dice Claudina, y no sé qué me muestra pero no hace falta porque antes de que pueda decir nada me pregunta ¿Cuánto traes? y en cuanto lo sabe me dice dámelo. No importa cuánto sea pues resulta que siempre es justo lo que necesita para adquirir aquello, que poca falta nos hace, creo yo, pero que ella ha buscado por la redondez de la Tierra y de pronto lo tiene y lo abraza y brinca de gozo y luego, media cuadra adelante, lo saca de la bolsa donde lo guarda y me pregunta si me gusta, si debemos tenerlo, si no sería mejor llevar aquello otro que tanto había deseado y en seguida comienza a ver que en realidad lo que compró no es lo que andábamos buscando y me dice una vez más ¿Pero de veras te gusta? Y en ese momento sabe que lo que en realidad quería es lo que dejó y vuelve a preguntar, como acostumbra, ¿Cuánto traes?, pero no espera a saber cuánto es porque en realidad eso no importa, porque ya ha visto que adelante...

Y esto se agrava si andamos fuera, si Claudina se asoma a lenguas y costumbres que no entendemos. Claudina viene hoy decididamente curiosa y en competencia con el grupo, donde hay otros paladares aventureros. Descarta lo que conoce y busca lo que no ha probado: insectos, tarántulas, lagartos... Mira, mira, me dice y con la barbilla señala hacia un gran platón donde están cuidadosamente acomodados, ya despojados de la piel. Parecen aves desplumadas, sin cabezas, con las pechugas prominentes y las alas dobladas. Yo la veo arrobado: los arcos perfectos de las cejas, los ojos resplandecientes, la boca retadora; la siento temblar con la emoción y la aproximo a mi pecho para abrazarla entre las voces festivas de los otros turistas que se esfuman y se confunden con el enorme murmullo, como de enjambre, que se alza y nos envuelve en el inmenso mercado de Wuhan.

SAMUEL Y SAMUEL

...

Alberto Chimal

—¿Preocupado? —se dijo Samuel, de camino hacia su casa—. Sí, estoy preocupado.

En otros atardeceres, las personas en la calle se hubieran quedado mirándolo, extrañadas, divertidas. Hablar solo no era un hábito común ni bien visto, y menos aún en un hombre maduro como él.

—Y *hay* antecedentes. En años, décadas anteriores. La gente parece no recordarlos. Repite rumores absurdos. ¡Discute la influencia de los cometas!

Hoy, sin embargo, la gente parecía más interesada en evitar los charcos y el lodo bajo sus pies. Apenas había llovido.

—Es comprensible —dijo Samuel—. También están preocupados. Quieren pensar en otra cosa.

Suspiró. Incluso se detuvo unos instantes.

—Sí —se respondió.

—*Cualquier* otra cosa —dijo Samuel.

—Sí —se respondió. Una mujer que pasaba a su lado se apartó de prisa. Samuel no lo notó.

—Ya temen acabar encerrados —dijo.

—Sí —suspiró de nuevo—. Tener que esperar así a que se marche la Peste.

—Ya se ve venir. No quedará nadie en las calles.

—Sólo los más pobres.

—Y no habrá barcos en el río.

—Y en cambio encenderán fuegos, aquí mismo, para tratar de limpiar el aire.

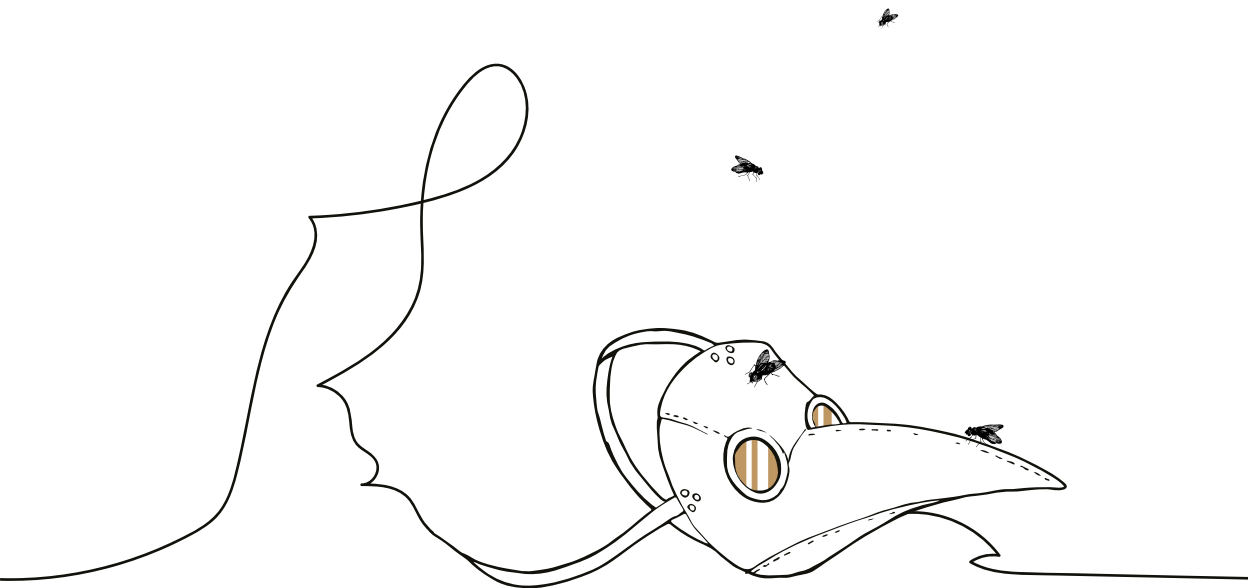
—Y tañerán las campanas.

Samuel Pepys, funcionario de la Marina Real, hombre sensato a sus horas, calló. Estaba ante su casa. Entró. Cerró la puerta.

—Sí. Para anunciar a los muertos.

Era el 30 de abril de 1665. Debía escribir un poco en su diario: era su antídoto contra la manía de hablar sin interlocutor. Nunca había mencionado por escrito esa locura ínfima, constante.

Encendió una vela, la llevó hasta su mesa. Abrió su cuaderno en la última página utilizada y, tras mojar de tinta la pluma, escribió: «Grandes temores sobre la enfermedad aquí en la ciudad. Comentan que dos o tres casas ya están cerradas. Que Dios nos proteja a todos».



MONÓLOGO DE LA ABUELA

...

Martha Cerda

—Perdón, abuela, no la vi.

No me ves, Candelaria, porque ya casi no tengo nada que me vean. Me he pasado todos estos años cuidando lo poco que soy. Para eso llega uno a viejo, para ver qué queda de lo que éramos. Pero se encariña uno con sus huesos, con sus arrugas. Esa pobre vieja soy yo y tengo que quererla aunque ya casi no puedo con ella, pero es lo único que tengo. Y le doy de comer y la cuido porque es mi compañera de toda la vida. Los jóvenes no se aman tanto porque no se conocen como los viejos. No saben que tienen huesos porque no les duelen; no se acuerdan dónde están los riñones porque nunca les molestan. Pero cuando va uno descubriendo lo que tiene por dentro, porque empieza a fallar, entonces se encariña más con ese costalito que contiene lo que nos hace vivir. Y acaba uno pendiente de cada centímetro de su cuerpo: «Hoy me dolió aquí, ayer allá», y se van remendando todas las roturas por dentro, nada más que no se pueden disimular las costuras. Esas son las arrugas. Mientras más vives, más cuidas el forro, no te arriesgas a dar un mal paso ni a resfriarte ni a comer de más, pero ¿para qué vivir así? Por eso acabamos muriéndonos de cualquier tontería, pues sabemos que de otro modo no nos moriríamos. Oye, Candelaria, ¿qué no huele a molletes quemados...?



APOCALIPSIS

...

José Sánchez

—Yo acabé con cincuenta mil griegos —exclamó la peste de Atenas.

—Fueron pocos, yo aniquilé a seiscientos mil romanos —replicó arrogante la peste Justiniana.

—Principiantes, yo liquidé a dos tercios de la población de Europa durante la Edad Media —se jactó la peste negra.

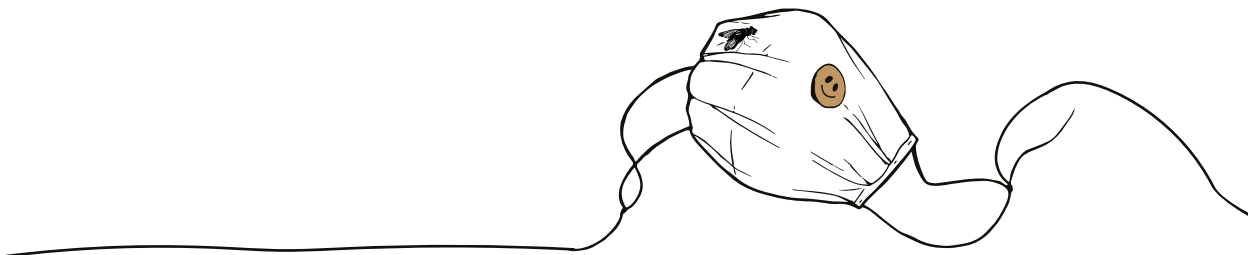
—Mi contribución fue mayor. Yo ayudé a Hernán Cortés a derrocar Tenochtitlán y sacrificué a un tercio de la población indígena de América —vociferó la viruela desde un rincón.

—A mi hasta un libro me dedicó un ganador del nobel, y causé estragos por los cinco continentes —presumió el cólera sin sacarse el cigarro de la boca.

—40 millones de víctimas en todo el mundo y no me ufano —apuntó la fiebre amarilla en voz baja.

—Ustedes son pasado, ya no tienen vigencia. Llevo treinta y cinco millones y contando — indicó el sida.

—¡Mediocres! He venido a terminar lo que dejaron a medias —reclamó el covid-19.



PARÁLISIS

...

Carlos N. Castellón

Frota las manos impaciente, desesperado, ansioso.

—¡No aguanto más este encierro, chingada madre!

Ya se quita lo zapatos, el short, se cambia de nuevo y mira la ventana con añoranza mil veces. Truena los dedos, se muerde las uñas, gira su cuello y cruje. Han pasado diez días que prometen ser treinta, el estrés lo está acabando. Lo miro con ternura, me duele su sentir.

La comida le sabe a nada, ha roto cuatro platos desesperado por el sabor de la inexperiencia culinaria. Sube y baja las escaleras, rebota una pelota de mano en la pared mil veces, le sonríe al celular, se enoja con las noticias. Se rasca, gruñe, maldice por no tener hijos, me siento culpable y cierro los ojos para disimular una lágrima. De vez en cuando me habla, hasta me ha sonreído. El otro día me dijo «Te admiro», sonreí, pero no lo supo. Nunca se entera.

Día veintidós; las cosas han empeorado, días enteros sin dirigirme la palabra. Lo único que lo ha hecho sonreír es el celular.

Se bañó, se cambió y está decidido a salir, no le importa la orden de confinamiento.

Se pone perfume, crema y desodorante. Se viste para salir y baja a prisa las escaleras. El chasquido de una lata de cerveza y después una maldición lo hacen volver, avienta la camisa manchada al cesto y elige la azul, se ve en el espejo y no le convence, la avienta sobre la cama, no se da cuenta de que cayó en mi cara, quiero decirle pero no puedo, quiero quitarla de mí pero hace tres años aquel desafortunado accidente no me deja moverme, lo escucho irse y lo único a mi vista es la causante de mi parálisis, de mi desesperación: la cerveza.

(IN)AFORTUNADOS

...

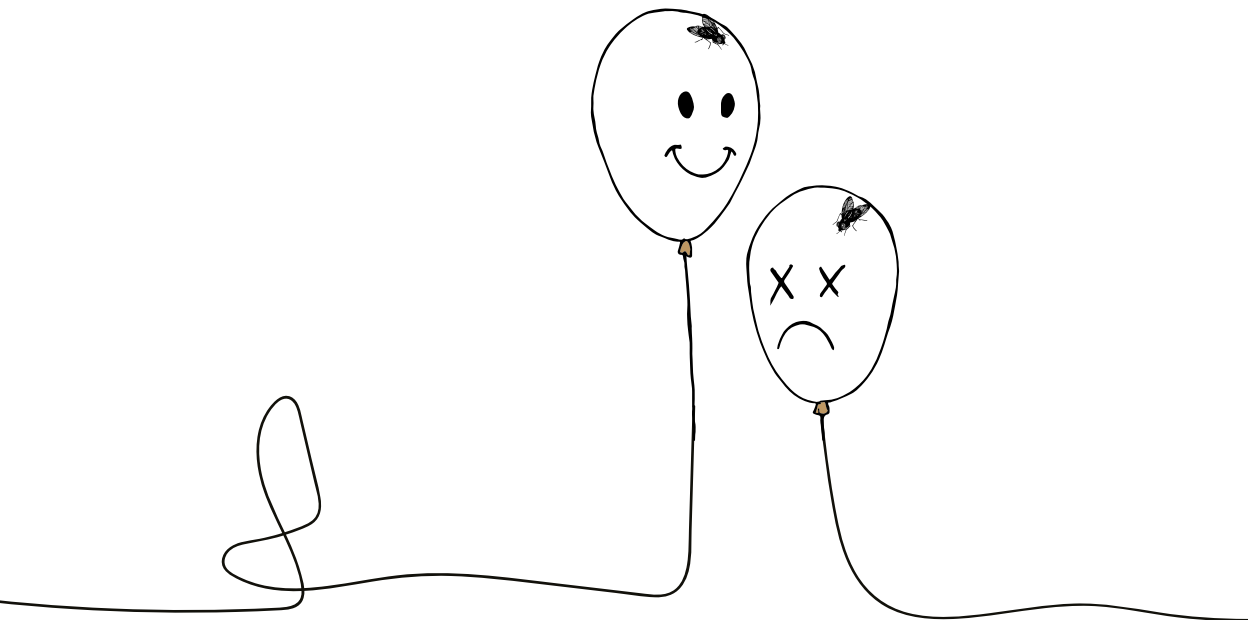
Itza Ximena Solís

Nos encontrábamos en la vieja catedral cuando todo comenzó.

La gente rápidamente entró en pánico, huyeron a sus hogares, aislándose; las calles pronto quedaron desiertas, sin una persona o alma a la vista.

En nuestros ojos sólo se notaba confusión, pero a pesar de nuestras interrogantes no estábamos asustados.

Una ventaja de ser niño es lo simple que ves la vida, y una ventaja de ser fantasma es que no puedes morir dos veces.



LAY DE CUARENTENA

...

Gilberto Moreno

Sobre la alfombra verde de la sala llora la musa de Aristóteles. El viejo maestro deja la orfebrería de supervivencia en su escritorio y busca consolar a la joven Armonía. Ella se queja del encierro, de la grosera realidad y le hereda un complicado argumento de líneas, emojis, memes y frustraciones. En vano él opone a su bella mártir justificaciones epidemiológicas y vagas esperanzas; ella vuelve siempre al catastrofismo y se mantiene en su calvario.

Armonía extraña bailar sobre la hierba fresca del prado, perderse en el bosque y volar. En los cafés y centros comerciales se daba gusto inventando laberintos fugaces para domar a la desbocada industriiosidad urbana. Añora ese mar magnánimo de ofertas que ya no arriban puntualmente a su agenda. Extraña las clásicas noches de fiesta con Medea y Cassandra.

De nada sirve que Aristóteles abra las ventanas, la escolte hasta el balcón, la presente a la brisa y al sol o trate de hacerle catarsis para desterrar su fatalismo. A cada canto alegre, Armonía contesta con un coro de lamentaciones.

Aristóteles cambia de táctica, le recuerda al oído su condición de diosa y dulcemente se declara esclavo de sus ritos y encantamientos, pero burlándose de sus niñerías y debilidades. Su desconfiada mirada delata en Armonía a la amazona que no rehúye las batallas de la vida; aunque ella realmente prefiera verlas en Netflix, o leerlas, pero no emprenderlas.

Esa noche, cuando la euforia de Eros arriba a la serenidad de la ternura y Armonía duerme sobre su pecho, es él quien ahora teme a las sombras de Thánatos. No sabe hasta cuándo podrá domar la volatilidad de su amada. En el cuadro de la sala, un corcel negro y una yegua alabastrina trotan juntos en la playa. Armonía aún le sonrío.

ENCUENTRO

...

Karla Elizabeth Esquivias López

Desde el inicio del aislamiento procuraste mantenerte ocupado. Limpiaste cada mueble, pintaste las paredes, empezaste un pequeño jardín. Viste todo tu catálogo de películas y llamaste a familiares lejanos y amistades antiguas. Hasta comenzaste una rutina de ejercicio para inducirte el sueño. Pero han pasado los meses y no te queda más remedio que estar aquí, conmigo, frente al espejo.

Tras el cristal observas cómo las arrugas se estiran y el cabello crece. Recuerdas tu cuerpo púber y a Marisol sentada en el sillón, dándole pecho a su hijo. Estabas ahí porque tu madre te lo había pedido. Marisol le temía a la ira de su exesposo. Le aguantó mucho pero finalmente tuvo que dejarlo cuando intentó ahorcarla. Aunque eras joven, nunca estaba de más un hombre en la casa. Cada tanto el exmarido volvía para gritarle y tú debías asomarte por la ventana, aunque fuera de madrugada. Él no se fijaba en ti, lo único que lo detenía era la pesada puerta al final del pasillo.

Te gustaba vivir con Marisol. Despertar con su estación de radio, verla mover sus caderas al ritmo de la música, charlar en la mesa, el olor de su cabello, que te recibiera volviendo de la escuela. Una noche la escuchaste llorar y pensaste que era el momento. Pronto cumplirías la mayoría de edad, serías el hombre que necesitaba. Entraste a su habitación. Discutieron largo rato, tu primo comenzó a llorar. Saliste dando un portazo. Entonces viste a su acercándose, con los ojos rojos y el aliento alcoholizado. En su rostro el mismo rechazo que pesaba sobre tu cabeza... Abriste la puerta y te fuiste.

¿Cómo buscar perdón después de tanto tiempo? ¿Cómo volver a dormir? No podrás verla hasta que termine la cuarentena, cuando abran los cementerios.

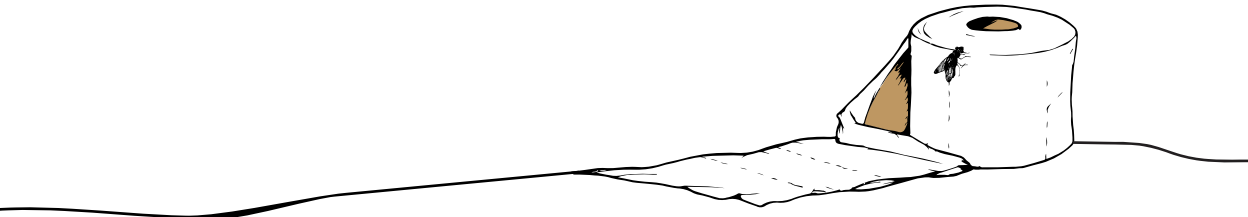
EL REY DE TODO EL MUNDO

...

Leonardo García Lozano

Él podía ser muy precavido, por eso, cuando en diciembre escuchó del nuevo virus pensó en todas las medidas para evitar su contagio, empezando por el traje especial que, buscando en internet, allá por enero, con lo de su fondo de ahorro adquirió: escafandra, lentes, visera, guantes. Lo que más le costó trabajo fue conseguir un adelanto para la compra e instalación de regadera lavaojos, el botiquín de primeros auxilios y el imprescindible filtro de aire; como era buen profesor, con un expediente intachable de asistencia y además cumplía, más allá de la cabalidad, con la entrega de todos los formatos de planeación, negoció con el sindicato un préstamo que pagaría en cómodas quincenas.

Afortunadamente vivía solo; por lo que la inversión en víveres no requeriría grandes esfuerzos, entre las ocho semanas de febrero y marzo, por cada platillo que planeaba cocinar, compraba lo equivalente en latas para lo que se avecinaba, sería algo más que cuarentena. Dictado el aislamiento obligatorio, la primera noche, justo al terminar de defecar, se dio cuenta de que no compró papel higiénico...

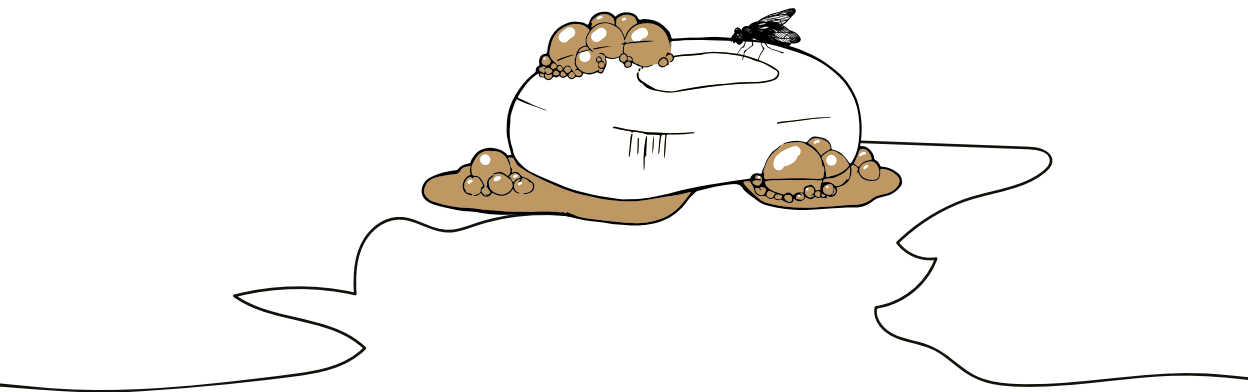


CUARENTENA CARMESÍ

...

Gabriela Mora

Tenía días con olor a muerto. Sus amigos se organizaban para hacer videollamadas y así no sentirse tan solos. Pero a él le daba pena que lo vieran con la cara morada después de que papá despertara de mala gana. Con agua y con jabón se lavaba las manos protegiéndose del virus del que hablaban afuera, y escuchaba en la televisión que decían: —Quédate en casa. Pero él ya se había infectado. El virus estaba en casa.



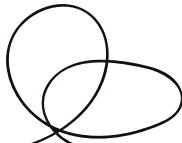
CAMBIO DE OFICIO

...

Perla C. Hermosillo

Las diseñadoras de moda le exigieron adelgazar. Era imposible que la elegante ropa que tanto habían tardado en elaborar y las exquisitas telas lucieran en su talla 3, una medida para mujeres obesas. Luego de varias dietas fallidas, decidió provocarse el vómito después de cada alimento para acelerar su metabolismo. La sensación de vacío estomacal le daba plena satisfacción. Una mañana despertó en el hospital. Todo el personal médico estaba cubierto de arriba abajo, con trajes antibacteriales y grandes mascarillas que abarcaban toda la cara. Corrían de un lado a otro, en un caos insostenible. Supo, entonces, que muchas personas estaban enfermas de un virus altamente contagioso y que los hospitales estaban colapsados.

Aprovechando esta situación y convencida de su objetivo de vida, ella tiraba la comida o se la regalaba a uno que otro enfermo. Era imposible que alguien se diera cuenta. No supo cuánto tiempo pasó, pero llegó el día en que palpó todas sus costillas sin dificultad y consideró que la piel estaba, por fin, lo suficientemente pegada al resto de sus huesos. Esbozó una amplia sonrisa, se puso su capucha negra, tomó la guadaña y, antes de salir de la habitación, recordó colocarse un cubrebocas, no fuera a peligrar entre tanto contagiado: era hora de ejercer su nuevo oficio.



PARAMARIA

...

Cristina Gutiérrez Mar

Érase una vez una paramaria que infectó a millones de personas y asesinó a otras tantas, sólo porque un tal Pedro se enojó cruzándose de brazos debido a las fiestas y jolgorios salvajes que atentaron contra la naturaleza del ritual sagrado, cuando éste perdió a Susana Distancia de San Juan.



LA DE MALAS

...

J. María López

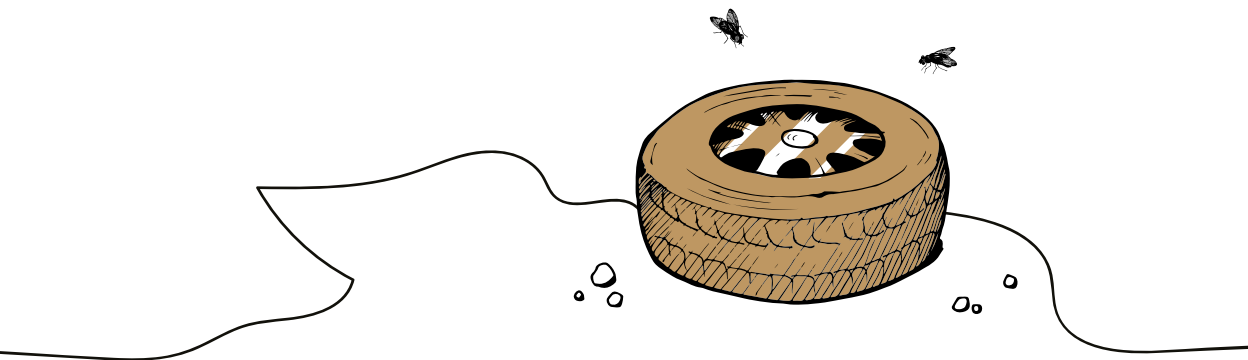
«¡Quédate en casa!», fue la recomendación de las autoridades federales y estatales. Yo elegí vivir, por eso acepté los cambios; me quedé en casa por varios días. En parte pude hacerlo porque, podría decirse, hasta el día de hoy trabajé para el Estado en funciones no esenciales.

En mi familia la suerte fue echada: fui el elegido para salir a hacer las compras una vez a la semana durante la contingencia sanitaria.

Madre, como siempre: protectora; esta mañana, antes de dirigirme al supermercado, me obligó al uso de guantes, mascarilla, goggles; protesté por sus medidas extremas pero «más vale, mijito, más vale, no sea que la de malas te toque».

Me echó su bendición y tres besos encima.

Y ahora... no sé quién le avisará que la de malas me acaba de tocar: yo iba bien en mi coche, pero el tráiler venía sin frenos.



DESPROTEGIDAS

...

Marisol Ulloa

Anunciaron que no podemos salir hasta nuevo aviso. Debemos de quedarnos enjaulados en estas cuatro paredes, en donde yo, mi madre, mi hermana y ese maldito animal vivimos.

Es repugnante. Camina por todos lados pretencioso, se sienta en el sillón esperando a que nosotras nos encarguemos de su bienestar. Babea al vernos a mi hermana y a mí, un asco.

Cuando está mamá se hace el buenito, el que no rompería un plato, el que está encantado de formar parte de esta familia; pero nosotras conocemos su verdadera cara. Es que una vez que los ojos no están posados en él, es cuando pasa de ser un animal amaestrado a una bestia. Pasa de recibir las órdenes a darlas, y cuando eso sucede, no hay a donde huir.

Todo empieza alrededor de las ocho, una vez que mamá se está despidiendo de nosotros. Mamá no puede quedarse, mamá tiene que ir a trabajar. Desde antes de salir por la puerta se nota que está agotada.

La puerta se cierra y abruptamente la sonrisa pasa de ser angelical a diabólica. A veces corremos e intentamos escondernos, pero ¿qué tantos escondites pueden haber en un hogar como el nuestro? A él le divierte como un juego. Tan pronto como logra encontrarnos, sabemos que no hay sentido en pedir piedad, él no conoce el término. Hago a un lado a mi hermana.

—A ella no —suplico.

Dejo que sus asquerosas manos hagan su recorrido, caigo como esclava en un juego de «Simon dice». Horas. Mamá vuelve cansada, apenas consciente, lista para entrar a la cama y dormir sus pocas horas. Silencio.

LAS BOFETADAS SE DAN SIN MANOS

...

Héctor Daniel Olivera

Un grupo de supremacistas blancos, pobres, resentidos, estúpidos y sin estudios; genuina *white trash*, regurgitada desde sus asentamientos de caravanas, había formado un piquete frente al albergue de braceros inmigrantes. Vociferaban como posesos: *America first!*

Alfredo, que regresaba al alojamiento montado en la caja de un camión, junto al resto de sus compañeros, tras una dura jornada de recogida de fresas en el valle de San Joaquín, no pudo menos que sonreír con sorna al leer el lema trumpiano: *America first!* ¿Y de dónde carajo creían aquellos gringos que él procedía, de África?

—¡Chicano de mierda! ¿De qué te ríes? —le arrebató de sus pensamientos uno de los piqueteros, un gordo con cara de idiota bajo una gorra de béisbol.

—¿De ti? —replicó Alfredo. Y enseguida se montó una pequeña trifulca con empujones e insultos por ambas partes.

Dentro del albergue se formó una bulliciosa asamblea. Los braceros estaban indignados, algunos querían responder con violencia a las provocaciones, pero Alfredo los apaciguó: «Las bofetadas se dan sin manos», declaró con autoridad.

Durante toda la noche, Alfredo estuvo pensando en el incidente: «¿Por qué nos odian?», se preguntó. Ellos también eran víctimas del despiadado sistema capitalista.

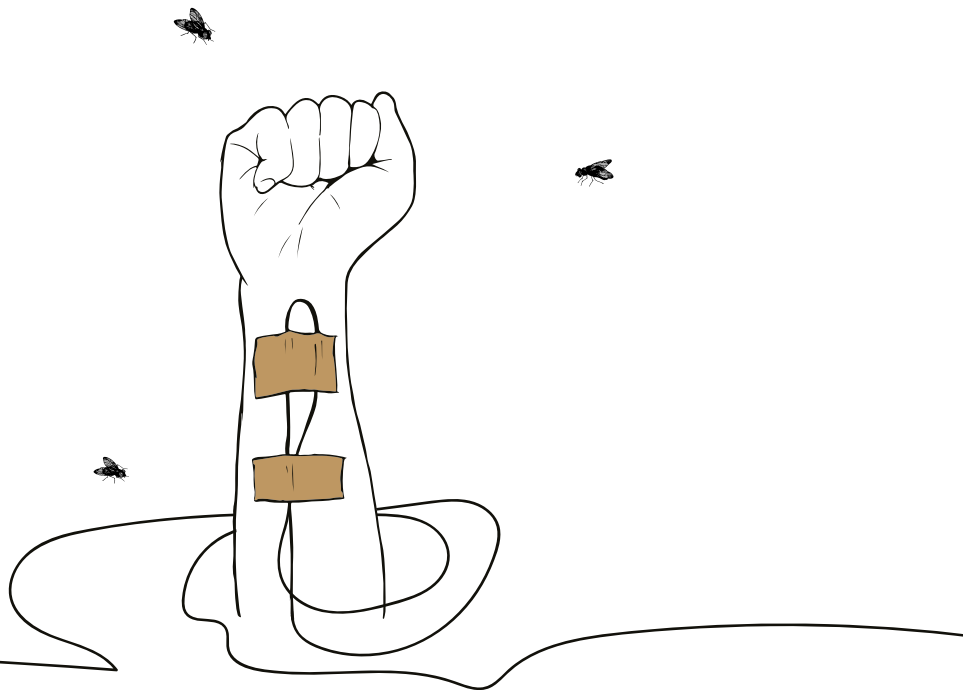
Llegó la pandemia, Alfredo se infectó y sobrevivió. Una mañana escuchó por la radio que solicitaban donaciones de sangre de los inmunizados para hacer transfusiones a los enfermos. Alfredo acudió a donar sangre al hospital, y en el momento de abandonarlo, contempló cómo ingresaban, enfermo de covid-19, al

racista que semanas antes le había increpado. Cruzaron sus miradas y el gringo bajó la suya, sin el abrigo del grupo ya no era tan valiente.

—Espero que te pongan mi sangre —le deseó Alfredo.

—¿Qué?

—El odio es la demencia del corazón, dijo un sabio.



SOFÍ

...

Valeria Rodríguez Luna

Desde la única ventana del departamento en el que vivía Sofí, la calle se veía vacía en comparación con otros días, o quizás fuese que ella no estaba acostumbrada a estar en su casa a tales horas, eran las cuatro de la tarde, y ese día, como el anterior, su madre y ella no pudieron salir a dar su habitual paseo vespertino. Su madre ya le había explicado por qué salían a dar esos paseos por su barrio, era muy sencillo de entender: «Ay, mi Sofí, la chamba de tu padre lo hace llegar bien cansado, y cuando está cansado... pues ya sabes cómo se pone», su voz trataba de sonar calmada pero sus ojos... eran un mar de emociones devastadoras. «Está estresado, mejor le damos su espacio pa tranquilizarse y dormir a gusto, ya cuando pase su siesta pues regresamos pa darle de comer y pa que tú hagas tu tarea, muchachita». Las dos se habían reído justo después de eso, pero en el fondo tenían miedo.

Sofí no era una niña tonta, se daba cuenta de lo que pasaba en su casa, la mentada violencia familiar, de la cual les hablaban en la escuela. Y esta violencia no pararía ni en la cuarentena ni nunca, de hecho... la noche anterior había sido un infierno, todo por culpa de unos frijoles fríos según su padre, ese pequeño detonador estalló una bomba de insultos, odio, golpes, sangre y platos rotos. Prefería no recordar el rostro ensangrentado de su madre tirada en el suelo, como estuvo toda la noche arrojada junto a su cuerpo sin vida. Prefería recordar cómo en la mañana su madre se levantó y fue directo a la habitación de su padre, cómo huyó despavorido y sólo se quedaron ellas solas, queriéndose incondicionalmente.



MIENTRAS PASE EL TEMBLOR

...

Stella Maris Bellone

Reúna en un mismo lugar, país, planeta
Diecinueve por ciento de jóvenes cargados de hormonas,
Treinta y uno por ciento de mayores de sesenta y cinco años,
Veintiocho por ciento de trabajadores irremplazables,
Y treinta y dos por ciento de gente con y sin sentido común.
Agregue lentamente dos o tres líderes, caudillos, jefes con criterios y afán de poder diversos.
De un solo golpe, coloque toda la enfermedad, sin explicarla o explicándola en exceso, es lo mismo.
Mezcle bien, pero no por mucho tiempo. Finalice mirando diferentes canales, leyendo distintos medios gráficos, tratando de detectar al menos media verdad.
Deje asentar de diez a veinte días tapado y sellado.
Al destapar, cúbrase el rostro para no sufrir daño con la explosión.
Vuelque el recipiente sobre la mesa y distribuya en cajas distintas los productos logrados:
Artistas regalando su arte; docentes inventando escuelas en el aire, ciudadanos cantando y aplaudiendo en los balcones, trabajadores irremplazables continuando sus tareas vestidos como astronautas.
Señores queriendo hacer valer su dinero, o escondiéndose para desertar.
Abuelos y abuelas mirando, besando, durmiendo sobre las fotos de sus nietos y nietas.
Decore a su gusto.
Raciónelo para ir sobreviviendo o descártelo en la bolsa roja de residuos peligrosos.

CASTIGO

...

José Alberto Álvarez Moreno

Al comienzo de la cuarentena, los cuerpos ensangrentados yacieron en el piso de madera. El homicidio había sido perfecto. En el día treinta y cinco del confinamiento, el asesino no recibió más castigo que compartir la habitación con los fantasmas de sus víctimas.

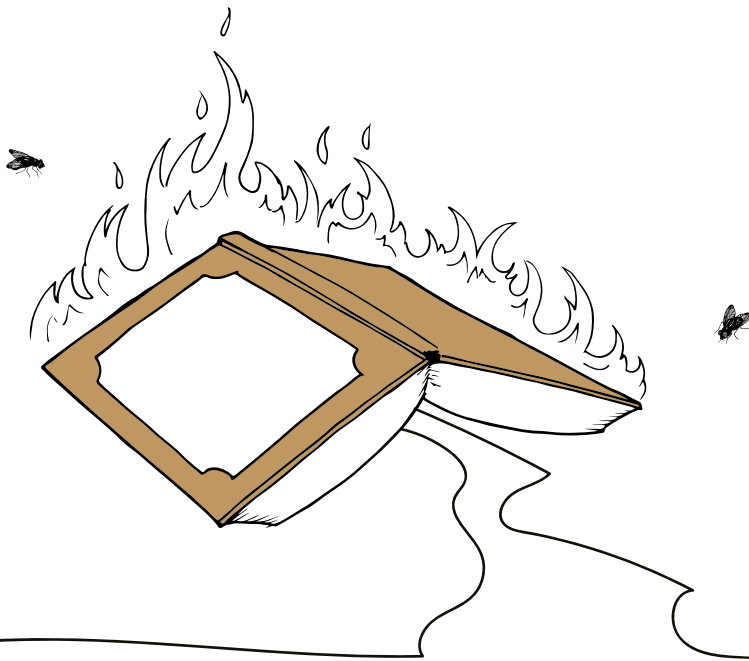


PALABRA DE DIOS

...

Francisco Antonio León Cuervo

Quemaron todos los libros, dejaron sólo uno en el que prometieron la salvación. A los muertos se les hizo mártires, a los que pregonaron la extinción se les llamó profetas, hijos de dios y fundaron iglesias en su nombre. Se dijeron elegidos, escribieron el otro fin del mundo, compusieron alabanzas y fueron por la Tierra repartiendo el pecado. Así vendieron la felicidad, hasta que una nueva pandemia llegó.





A PUERTA CERRADA

...



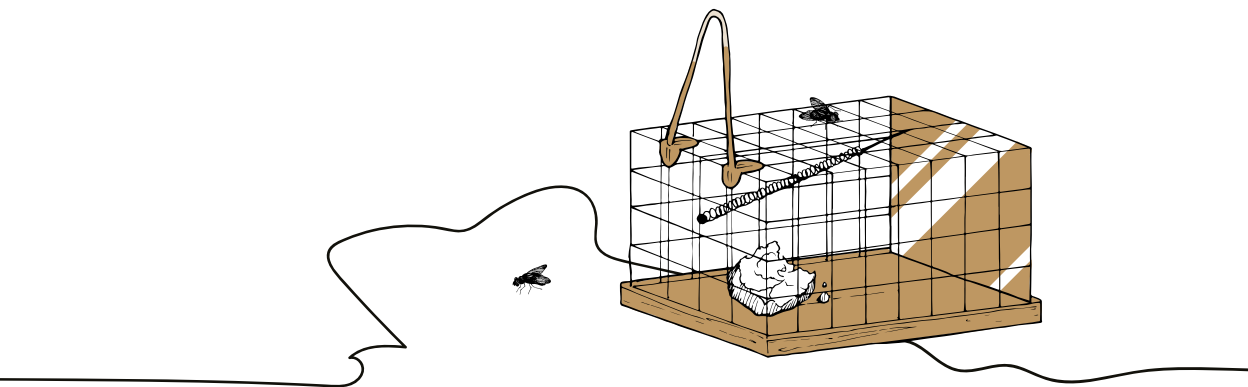
El lector de esta peculiar antología está a punto de introducirse en la segunda parte que la conforma: cómo lograr sobrellevar el encierro total y vivir para escribirlo. El pórtico se abre con cinco microrrelatos de narradores de distintas latitudes y gran trayectoria en el ejercicio de la brevedad. Después, nos adentraremos en los territorios de las diecisiete minificciones ganadoras y catalogadas en esta sección que dialogan entre sí de manera natural, entretejiendo reflexiones e inquietudes semejantes que van desde el pesimismo atroz hasta la ironía más insensata; desde el humor negro, a la paranoia, al canibalismo; desde el dolor de saberse perseguido por un enemigo invisible —que nos deja solos y perdidos—, hasta la idea de una extinción radical de los valores que sostienen nuestra desgastada condición humana marcada por el individualismo y el consumo. Cada uno de estos microcuentos sacudirá nuestra propia perspectiva hermanándonos en un desasosiego, inédito hasta ahora, por la situación que atraviesa nuestro maltrecho mundo. Prepárese para entrar a un tiempo suspendido cargado de nostalgia, desesperación y tristeza que reduce el accionar, la comunicación, el contacto, la cordura, la convivencia, la vida, pero no la imaginación: la mejor medicina para una pandemia. Es ella el remedio más eficaz para salir y ver a través de su fuerza creadora, que no conoce límites, ni se deja aprisionar. Por el contrario, se vuelve crítica, desafía y amonesta a una sociedad mezquina, egoísta que nos redujo a seres confinados mental y físicamente buscando la puerta o la ventana para ir al encuentro de un futuro que, ahora sí, podamos dilucidar para construir.

CONFINAMIENTO

...

Fernando Iwasaki

Cada día que paso aquí metido me siento más sucio y me pongo histérico. Me duelen las articulaciones, no tengo papel higiénico y el celular lo dejé cargando antes de entrar aquí. Dijeron que no me preocupara y que esta encerrona no duraría mucho, pero por más que grito y aplaudo nadie me hace caso. Me deshidrato, me muero de hambre y para colmo esta ratonera sólo se abre por fuera. ¡Cabronas! ¿Por qué no las escucho? ¿Dónde está todo el mundo? No sería la primera vez que las amigas se arrepienten y se olvidan de avisar, pero ya se han pasado. Me siento como en una película distópica donde soy el único superviviente de la radiación o de una plaga mortífera, sólo que no estoy en un búnker. Ni siquiera en un sótano. ¿Y si mañana me abren podré hacer mi numerito? ¡Ya ni me acuerdo cómo se llamaba la novia!



INTRAMUROS

...

Solange Rodríguez Pappe

Mientras vamos y venimos, tarde y mañana por el pasillo, para mantenerlos activos, sabemos que han nacido nuevos chicos porque escuchamos sus llantos. Como ya somos tantos, empezaron a numerarnos por orden de llegada. Acaba de nacer Sesenta y tres. Sesenta y dos no vio la luz porque mamá consideró que no venía en buenas condiciones. Yo alcancé a tener nombre.

El manzano es muy alto y es el que divide el patio en dos. De un lado corretean los niños y por el otro toman sol los viejos, cerca de los sembríos y de las lápidas. En el comedor es donde elegimos pareja. Nos está permitido tener varias a lo largo de la vida, pero no más de tres. Eso mamá lo leyó en una revista y nos lo recalca mucho. La biblioteca es donde se aprende cómo era el mundo antes de este confinamiento. Conocí a Doce porque le gustaba leer tanto como a mí y me impresionó su habilidad para quebrar las reglas. Tras las estanterías tuvimos nuestro primer acoplamiento. Desobedientes, no solicitamos turnos para hacerlo en los baños, como todo el mundo.

Doce también me enseñó a trepar al manzano para ver fuera de las paredes de esta casa y a mirar largamente las sombras de la luna (Doce dice que desde allí también alguien atrapado nos mira). Ella planea que algún día saltará las murallas y saldrá de aquí para explorar la tierra, así esté devastada, como mamá cuenta. A mí, en cambio, sólo me interesa saber qué número de pareja soy en su vida. Y si lograré convencerla para que se quede. Ella ignora lo que le pregunto, mirando siempre en dirección del vecindario tapiado donde otras familias numerosas han encendido sus propias luces. Temo que yo no sea su compañero número tres.

MEMORIA DE LO SUSPENDIDO

...

Ana Pellicer

El lenguaje

Estoy en un lugar extraño y nuevo. Con no muchas opciones placenteras/ acogedoras.

No es una beca de escritura y por eso mismo voy a escribir con huecos. Escribir sin autoritarismo. Escribir «frases respiratorias». Escribir sin juzgar. Voy a tomarme todo tan en serio que hasta la ironía sea creíble. Escribir contando un secreto y a la vez tapándolo y a la vez travistiéndolo.

Analizo las palabras que cercan el nuevo escenario. Mido mi vocabulario porque es político y lo siento como un hacha o como un bumerán.

Afrontar es siempre mejor que evitar.

El cuerpo

Me escudriño, me observo, me detesto, me toco.

Me habito.

Las canas inesperadas son señales de humo.

El miedo nuevo y distinto da más miedo. Y resulta más completo: también gastrointestinal.

Es como si tuviera una vista aérea de mí misma y de mis dimensiones. Ahora que casi nadie me mira, he encontrado un microespacio íntimo.

Y sí, en la lentitud mi cuerpo sufre menos.

El tiempo

A veces es placentera la sensación de que el tiempo se ha suspendido. Porque estoy en este espacio neutro y siento que no me pierdo nada ahí fuera, si ahí fuera no pasa nada de nada de lo bueno. Sólo pasa dolor.

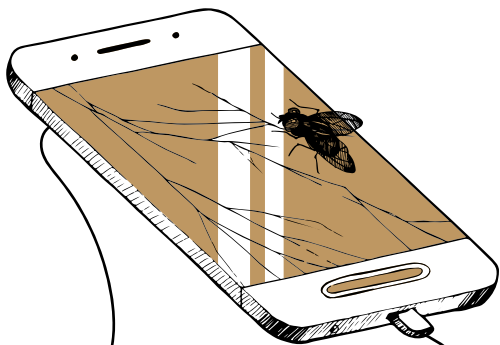
Intento valorar lo rescatable de este hueco temporal, pero me siento culpable porque es un hueco temporal lleno de muerte.

Pedagogía pandémica, vigilancia y control: ¿cómo mejoro mi capacidad de detectar los límites y las marcas de luminol?

Paso demasiado tiempo tratando de ser funambulista. Encuentro poco descanso de este ensimismamiento y en esta soledad destilada.

Añoro la literatura de viajes que yo escribía en mis cuadernos de viaje y que no sabía que era literatura de viajes,

Y todo ocurre ahora, en un larguísimo presente digitalizado.



SUEÑO 47

...

Ricardo Sumalavia

Anoche tuve un sueño. *Estoy en casa de mis padres y nos encontramos en medio de una peste. No se nos permite salir. En el sueño mis padres tienen la misma edad que tengo yo ahora. Mis hermanos son pequeños, menos yo. Tengo la edad de mis padres. Nadie parece prestarle atención a mi aspecto y tamaño. Pero yo sí soy consciente de esta diferencia y me siento inquieto. No sé si se los debo aclarar. No sé si será más importante que el miedo a la peste que se está viviendo. Mi madre nos ordena limpiar nuestras habitaciones. Lo hacemos en cuatro segundos. Literalmente en el tiempo que toma leer esta frase. Esta actividad nos ha relajado en algo. Es lo que creímos, porque de inmediato todos estamos angustiados. Nuestra hermana mayor no está. Observo a mi padre. Sé que está pensando las acciones que debe realizar. Frunce el ceño mientras piensa. Yo estoy haciendo exactamente lo mismo. Doy un paso hacia él y me encuentro en un parque escasamente arbolado. Es media tarde y el parque muestra sus bancas desoladas, salvo una. Mi hermana está sentada. El viento corre ligero, lo suficiente para agitar su cabello largo. Me acerco a ella y muevo los labios. No son palabras las que salen de mi boca, pero ella me entiende. Ella también mueve los labios. Comprendo que tiene mucho miedo. La tomo de la mano y ya estamos en casa. Mi madre nos tira de las orejas y todos reímos. Bueno, abrimos la boca, pero nada suena. Ese silencio es una risa.*

Puedo decir que este sueño termina allí, pero los sueños nunca terminan. Me preparo un café y veo por la ventana la calle vacía. Pienso en la peste y en el teléfono que empieza a sonar.

FÁBULA

...

Patricia Esteban Erlés

La fábula cobró vida y el ser humano se limitó a encoger los hombros, asumiendo el discreto papel de narrador casi invisible que le había reservado su demiurgo. En efecto, ese mes de marzo un autor muy ducho en Photoshop nos borró a todos del mapa igual que hacían los griegos en sus cuentos de animales y nos quedamos quietos, repentinamente enmudecidos tras el cristal, mirando pasar de largo nuestras propias vidas. Pudimos ver a un enorme pato color esmeralda enseñorearse de la avenida más céntrica de Zaragoza con sus andares marciales y lo seguimos intrigados hasta que se detuvo frente a un escaparate para comparar, pensativo, el brillo de su plumaje con el de los vestidos disecados que nadie estrenaría en primavera. A la misma hora un puma se contoneaba con aires de gran Gatsby entre los coches destartados de Santiago de Chile y doce ciervos subían y bajaban sin cesar las escaleras de un centro comercial japonés, cumpliendo un misterioso ritual cuya mecánica sólo ellos conocían justo en el preciso instante en que un águila de color roble decidía anidar en lo alto de un tobogán en un parque cementerio de Roma y echaba un displicente vistazo al horizonte, como un emperador que midiera el alcance de sus dominios desde la balaustrada de su *palazzo*.

Así fue como los humanos aprendimos de nuevo a contar en tercera persona. Observamos día tras día a los nuevos protagonistas de la historia mientras las amapolas iban creciendo en las aceras, intentando convencernos de que quizás estábamos soñando con un tiempo que no era el nuestro o bien leíamos uno de esos libros donde los animales hablan y piensan y descubren sus propias páginas en blanco, igual que hicimos nosotros cuando creíamos que éramos casi dioses.

CUARENTENA

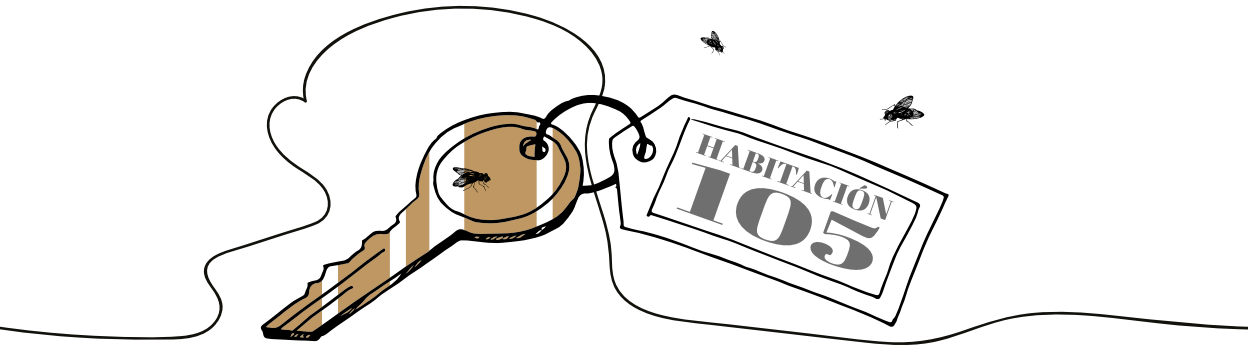
...

Karla Barajas

Los famas ven cada mañana el noticiario donde informan la situación de contagios por covid-19, las acciones de seguridad ante la contingencia, escuchan cautelosamente, copian la lista de recomendaciones y las siguen al pie de la letra, se reúnen por videoconferencias, comunican sus observaciones, no se toman de la mano pero bailan «Alegría de los famas» a la misma hora, viéndose a través de la aplicación llamada Zoom.

Los cronopios no vieron las noticias, encuentran ofertas en los vuelos y se van de viaje a China e Italia, se sorprenden de que los hoteles están vacíos, los taxis no quieren llevarlos, las personas utilizan cubrebocas y toman distancia de ellas, no les quieren dar la mano y les indican que deben volver a su posada. Finalmente, los han confinado a la habitación del hotel porque la ciudad entera está en cuarentena. «La hermosa ciudad, la hermosa ciudad», dicen desde la habitación de su cuarto mientras graban con su celular el edificio de enfrente, el cielo, y una calle vacía.

Las esperanzas —sedentarias, estatuas— no se molestan.



DEL POR QUÉ SE PIERDEN LOS PARES DE CALCETAS EN LAS CASAS

...

Edgar Núñez Jiménez

Durante los últimos cien años ha sido común que las calcetas, ya sean del pie derecho o del izquierdo, se pierdan dejando al otro par en una orfandad tal que las plantas de los pies terminan por resentirlo.

Ante este hecho inexplicable han surgido diversas hipótesis: desde que los duendes las utilizan para protegerse del sereno de la noche, hasta el del fallido romance de estas prendas que deciden un buen día marcharse. Lo que sí es claro es que la misma cantidad de calcetas perdidas es equivalente al número de muertes demográficas que, año con año, azotan a cualquier país.

En los meses recientes de la cuarentena, los confinados cuentan que —estresados y faltos de sueño— han visto desfilar a tres mujeres que buscan calcetas en el fondo de los cajones. En respuesta a ello, un conocido científico de Harvard ha explicado que los recientes acontecimientos han generado psicosis e histeria colectiva en la mayoría de la población. Por su parte, Konstantino Finley, eminente estudioso de la cultura grecolatina, ha dicho que, por la alta mortalidad de la pandemia y a falta de hebras para hilar, las Moiras se han visto en la penosa necesidad de robar dichas prendas de las casas.

Por lo pronto, el presidente del país ha emitido un decreto de toque de queda a partir de las seis de la tarde, precepto que levantará después de terminada la contingencia. Sin embargo, las personas siguen saliendo a las calles a pesar del decreto y han decidido, de manera preventiva, prender fuego a todas las calcetas que les quedan, esto con la finalidad de que las Moiras, a falta de hebras, no puedan medir más el destino de la muerte.

EL SUEÑO DEL LABERINTO (MINI-OBRA EN UN ACTO)

...

Fernando Sánchez Clelo

Personajes:

Minotauro

Teseo

Fedra

Dos niños

Se abre el telón. El Minotauro está de pie sobre el más alto de los muros del laberinto, desde el cual mira a Teseo, quien se encuentra abajo, suplicando.

TESEO: ¡Ya no soporto este encierro! Te lo imploro, déjame salir y te perdonaré la vida.

MINOTAURO: Entiende que yo sólo soy tu celador, este laberinto lo creaste tú y tu mente que nunca aquietas: esta es tu prisión absoluta.

Teseo adquiere aplomo y dibuja lentamente una sonrisa.

TESEO: Bien, bien. Entonces pensaré que soy libre. Imaginaré que escapo y que vivo tal como quiero vivir.

MINOTAURO: No importa. En el fondo de ti intuirás que sigues atrapado. ¿Tendrás el valor de vivir en una farsa mental?

El escenario se oscurece. Bajo una luz aparece Fedra llevando a dos niños de la mano; se acercan a Teseo, quien los besa y abraza como una familia.

MINOTAURO: *(Para sí mismo)* Pobre Teseo, has quedado atrapado. ¿Dónde está ese mítico semidiós, ese guerrero intrépido que eras? Siento lástima por ti.

El monstruo mitológico ríe a carcajadas, pero poco a poco enmudece ante la felicidad de Teseo y su falsa familia. Entonces, el Minotauro imagina una minotaura y dos minotauritos antes de que caiga el...

TELÓN



BÁRBARA

...

Alba Darinka Rodríguez Lozano

Mi sueño siempre fue tener una casa con ventanas cristalinas, cocina grande y un comedor elegante. La vida cumplió mi capricho, y ahora dentro de esta casa todo es falso, plástico, vacío. La luz del amanecer se desliza como un gato a través de las persianas y se derrama cuidadosamente iluminando su rostro. Sin mover mi cuerpo recostado, giro la cabeza con rigidez para mirar a Ken; siento una mezcla de repulsión y tristeza cuando lo miro. Siempre está sonriendo estúpidamente, peinado perfecto y torso desnudo. No encaja con la miseria de este mundo.

Me levanto, me pongo el vestido, deslizo mis pies en los tacones rosas y me peino mi largo cabello rubio. Lo patético de mi rutina se ha acentuado con el encierro. Cuando entro a la cocina, los niños ya están ahí mirando la televisión. Se ríen y yo siento envidia. ¿Cómo pueden ser felices si su madre es desdichada? Les sirvo el desayuno; huevos con tocino. «Gracias, mami», corean con sus vocecitas chillonas. Esbozo una sonrisa hipócrita mientras acaricio sus cabellos.

Miro a la niña con su vestido rosa pastel y al niño con un conjunto azul cielo. Ahora que no van al escuela percibo que son dos extraños para mí. Me desagradan; se ve que son mimados, vulgares y berrinchudos. En ese momento Ken entra a la cocina, me toma la cintura y me da un beso en la mejilla. «Te odio, y me da asco que me toques», pienso con todas mis fuerzas. «El desayuno huele delicioso...»

—Mamá, ¿qué haces tirada en el suelo con mis Barbies?

—Nada, hija... pensé que podemos jugar juntas aprovechando la cuarentena.

CALDO DE MENUDENCIAS

...

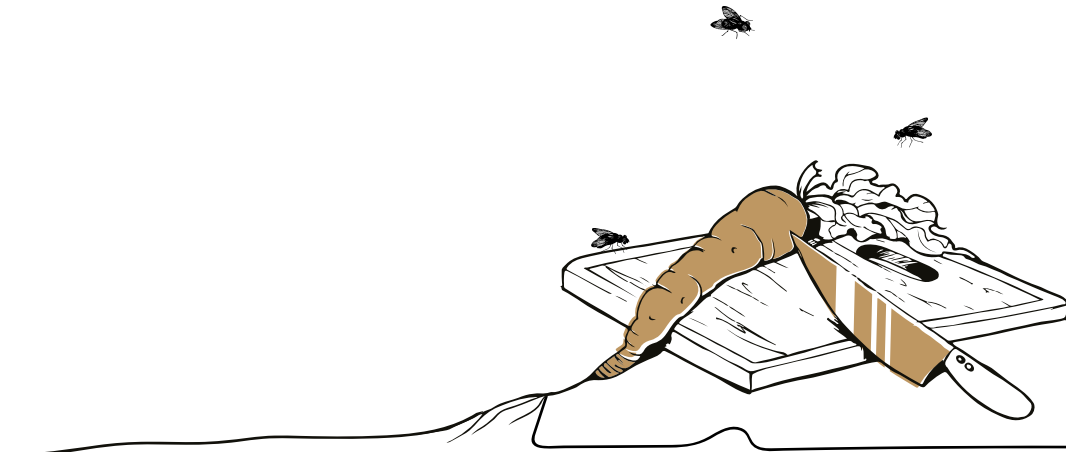
Jennifer Guzmán Espinoza

Soledad apaga la radio, no quiere escuchar más.

—¡Ay viejito! ¡Bendito Dios que tus ojitos pispiretos no verán la miseria que viene!

El poblado de Nuestra Santísima Virgen de Guadalupe llevaba ciento cincuenta días en cuarentena. Ahora, decían, el virus flotaba en el aire. El agua y la comida estaban totalmente escasos.

Sin pesar alguno, hoy Soledad se encontraba jubilosa, comería un delicioso caldo de menudencias hecho con lo poco que encontró en casa: un tanto de agua embotellada, dos ojitos pispiretos finamente picados, una zanahoria vieja, un trozo grande de pulgar... provecho.



CATARSIS

...

Diego Covarrubias Quintana

Del griego *kátharsis*, significa 'purificación' o 'purga'. Fue Aristóteles quien ideó el término en su poética. En el psicoanálisis autores como Sigmund Freud retoman el concepto griego desde un punto de vista terapéutico. Con el fin de revivir experiencias y recuerdos traumáticos del inconsciente, superándolos de esta manera. Mientras que, en medicina, también posee un significado similar, se denomina *catarsis* a la expulsión de una sustancia dañina.

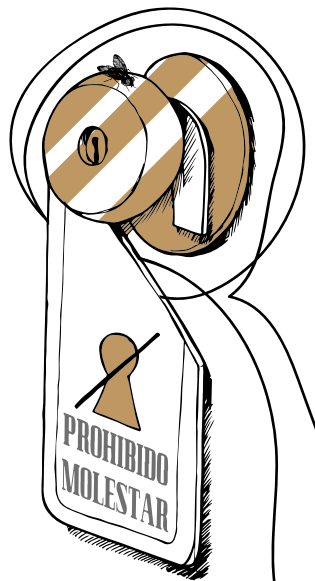
Parece ser que la Tierra está pasando por un proceso similar en estos momentos, y es que al mirar por la ventana de mi habitación y ver el mundo completamente desolado, edificios que hace meses estaban llenos ahora vacíos, las calles silenciosas, sin los estruendosos cláxones ni el murmullo incesante de los peatones, siento cómo mis entrañas se retuercen de pavor al pensar que de ahora en adelante todo será así, y es que hace apenas un mes parecía ser que todo acabaría pronto de no haber sido por esa vacuna, esa maldita vacuna. No puedo culpar a los médicos ni farmacéuticos, no podrían haber sabido que una mutación en un joven norteamericano de veintitantos desencadenaría el infierno que vivimos hoy, el virus no sólo ataca el sistema respiratorio, ahora daña el sistema nervioso, induce a la locura y al comportamiento errático y violento. En mi edificio el señor Jefferson atacó a su esposa e hijos, los mato y desmembró, casi toma a mi padre cuando salió a ver que sucedía, por suerte sólo fue un rasguño. Pero mamá no para de llorar, nuestras maletas están en la puerta, pero no las de papá, él tiene fiebre.

DIRÍA QUE SOMOS FELICES

...

Alan Argüello

Antes del confinamiento nos hicieron elegir parejas definitivas. Mi esposa y yo nos quedamos juntos, por supuesto. Los gemelos tenían cinco años (recién cumplieron quince). No salen de casa desde entonces. Ni nosotros. Cuando los niños se duermen, aprovechamos para manosearnos deliciosamente, ella en su habitación y yo en la mía.



CORTOCIRCUITO

...

Oswaldo Estrada

Debió callarse. Aceptar, como cualquier otro, que le había tocado una loca. Pero no pudo hacerlo. Estaba harto de sus crisis existenciales. Que le dieran ataques de pánico cuando la cosa iba en serio. Que le echara la culpa por engordar o adelgazar otra vez.

Quiso pedirle que no se fuera cuando metió sus trapos en una bolsa. Pero apretó los labios con furia.

—Sabía que llegaría este día y no te culpo, Mauro. Yo tampoco me aguanto.

Se sintió liberado la primera semana y la segunda. Quizás también la cuarta. Hasta que el encierro lo venció en la sala y en la cocina. Tendido en su cama. Debajo de la mesa y en la ducha. Frente a la puerta.

El único día que salió a comprar, volvió aterrizado por los ojos abatidos de la gente, pidiendo auxilio detrás de sus mascarillas, guardando distancia.

El dolor de garganta lo convenció de que alguien lo había contagiado. El viejo que pasó a su lado. O la señora que le cortó el paso para ganarle una barra de pan.

La llamó entonces para hablar un instante. Por la mañana, a las cuatro de la tarde, cada quince minutos y al día siguiente. Fue inútil. El teléfono estaba bloqueado.

¿Cómo podía borrarlo así, de un plumazo?

Quiso ir a urgencias después de comer. Le faltaba el aire. Quería llorar. Pero no hubo modo.

—Esto es un campo de guerra, señor. Mejor no salga.

Tomó el último ansiolítico que le quedaba y se sentó en el suelo. Con las piernas cruzadas, respirando a pausas, como se lo había enseñado el psiquiatra. Le faltaban seis horas para conectarse con él, y el mundo lo asfixiaba con la voz de esa mujer. Tan real y sin nombre. Como las sombras pintadas en la pared.

LOS CUARENTINOS

...

Melanie Taylor

Era un fenómeno creciente. Los *cuarentinos* se habían acostumbrado a estar en interiores y se negaban a regresar a la normalidad. Demandaban tiránicos sus comidas, medicinas y *wi-fi*. La señora Flores confiaba en que asistir a este grupo de apoyo le daría ideas. Había padres, hermanos, compañeros de cuarto y hasta parejas. Todos habían logrado que su ser amado abandonara la cuarentena. La señora Flores lloró varias veces. Una pareja relató cómo le confeccionaron unas enormes alas a su hija en un intervención metafórica, otro accedió al apartamento de su novia por una escalera y le puso música a todo volumen hasta que no tuvo más remedio que abrir la puerta. Incluso hubo un padre que logró tentar a sus gemelos con un globo aerostático. *No se preocupe, señora Flores, los cuarentinos salen tarde o temprano.* Cantaron todos juntos «La perseverancia vence la cuarentena». Lo repitieron tres veces. La señora Flores regresó a casa llena de esperanza.



LARGA DISTANCIA

...

Daniela Castillo

Lo vi por primera vez a través de la ventana de la cocina, el día en el que mis persianas se rompieron. Mi casero se negó a repararlas durante la época de la pandemia, así que me tuve que conformar con hacer el desayuno en pijama mientras el vecino de enfrente me observaba con una sonrisa burlona. Sin importarle su pecho desnudo y sus calzoncillos de superhéroe, se llevó una taza de café a los labios no sin antes alzarla hacia mí como si de un brindis se tratara. Ese fue el inicio de todo: la distancia de un metro y medio es capaz de protegerte de muchos virus, pero no de las falsas expectativas.

A partir de aquel día, nuestros desayunos a larga distancia se volvieron una especie de ritual privado. Él sorbía su café y yo mordisqueaba mi pan tostado mientras nos gritábamos las noticias más falsas que éramos capaces de encontrar en nuestros grupos de WhatsApp.

Pero no sólo eso; a veces también nos mandábamos avioncitos de papel de ventana a ventana, garabateados con proposiciones indecorosas, o bailábamos un vals con distanciamiento social al son de su tocadiscos. A veces él salía, brevemente y por las tardes, pero siempre estaba ahí cada noche para lanzarme un beso con aroma a desinfectante de manos antes de dormir.

Hasta que un día dejó de estar.

Aquella mañana que desperté, no estuvo ahí en la mesa del desayuno, ni me cantó a voz de cuello mientras lavaba los platos. Tampoco se acercó a la ventana al caer la noche para desearme dulces sueños y jamás volví a escuchar el desafinado eco de su tocadiscos.

Aún con el paso de los meses, nunca supe si se trató de un caso de covid-19 o simplemente de un corazón roto.

CUARENTENA

...

Samantha Lamariz

Ya no soporto a la persona que vive conmigo, lo bueno es que nada más la veo cuando paso frente a un espejo.



EN LA SOLEDAD DEL CUARTO

...

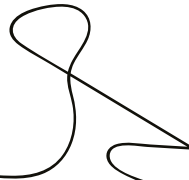
Yonnier Torres

Tardé una semana en traducir el manual de instrucciones, tres días en aprender el orden de los enchufes y cuatro horas en programar las situaciones de los escenarios virtuales. Todo el esfuerzo invertido valió la pena. La máquina funcionaba a la perfección.

La noche del concierto me di un baño largo, encendí algunas velas aromáticas y acostado en el parapeto comencé a colocar enchufes. Toqué la guitarra como los dioses y al final del último tema la hice pedazos contra el suelo. El público estaba eufórico. Una de las fanáticas perdió toda compostura y me asaltó en el camerino. Hicimos el amor sobre la mesa de maquillaje. Luego nos fuimos a tomar cerveza.

Cerca de las cuatro de la mañana apagué el escenario y comencé a quitar enchufes. En la soledad del cuarto me quité la ropa, tapé la máquina con una sábana y un poco borracho me tiré en la cama. Sin embargo, no pude pegar un ojo, el silencio absoluto me atormentaba. El amanecer me sorprendió con la tristeza empozada en el pecho.

Quise vestirme, salir a la calle, pero miré la máquina, le quité la sábana y la volví a encender.

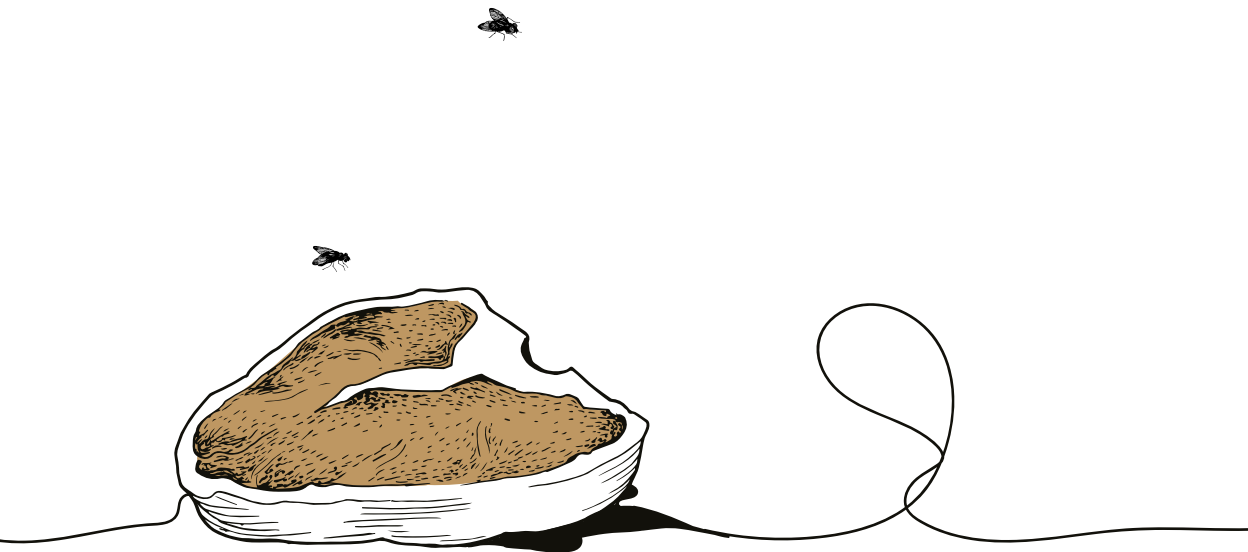


SOBREVIVIR

...

Camilo Montecinos

Son tiempos difíciles. Pandemia, virus, muertes, hambre, desabastecimiento. Ya casi no quedan hospitales ni mucho menos supermercados. Por eso, cuando su esposo murió, Lucía no lo pensó dos veces. Retiró la mascarilla y los guantes, la ropa vieja y cada accesorio del cuerpo del difunto. Lo cortó en pedazos y lo guardó en el refrigerador, confiada en que por amor él habría hecho lo mismo.



COMPÁS

...

Luis Rico Chávez

Gracias, José Revueltas, por prestarme tu Musa

Estornudó. Se levantó del teclado y se dirigió a la recámara. Tomó un pañuelo y se limpió la nariz con furia. Hizo escala en el baño y se lavó por cuarenta y cinco segundos las manos. Retomó el compás en la nota que se había quedado: la, do sostenido, mi. Llevaba años exigiéndose que ese movimiento le saliera perfecto. Siempre unas milésimas antes o después, el dedo que tardaba o se adelantaba en el mi, y el edificio de sonidos se derrumbaba en una estridencia que arruinaba toda la armonía. Nadie se da cuenta, lo animaba una voz interior. Me doy cuenta yo, replicaba, y eso bastaba para porfiar hasta alcanzar la perfección, que parecía una estrella fugaz que se apagaba impidiéndole apropiarse de ella. Hacía seis semanas que había regresado de sus conciertos en Italia, y desde entonces no había descansado, aunque los síntomas de una gripa intensa le dificultaban alcanzar la meta. Volvió a intentarlo. Su rostro se iluminó: lo había conseguido. Evitó cualquier arrebato de euforia; trató de relajarse, aunque sentía su cuerpo molido, y con un esfuerzo enorme procuró reiniciar la pieza. Cuando llegó al compás fatídico, el mi sonó en el momento exacto. Un mareo le nubló por un instante fugaz la vista. Se repuso y quiso recomenzar. Sus manos no respondieron. Es hora de tomarme un descanso, pensó. Hay que grabar esta interpretación, le dijo una voz en su conciencia ya algo turbia. Se levantó con un titánico esfuerzo (sus piernas pesaban como plomo) y trató de alcanzar de nuevo la recámara. Apenas pudo dar unos cuantos pasos. Cayó como fardo a mitad del pasillo. Ahí lo encontraron al siguiente día. Su muerte sólo sirvió para engrosar las estadísticas. La nota periódica decía: «Se confirma otro fallecimiento por covid-19».

CONVERSACIONES CON JULITA

...

Marcelo Medone

Yo siempre le decía a Julita estás loca tenés cada idea rara y ella me decía Rolo tenés que aprender a saltearte las reglas y divertirme haciendo lo que nunca te animaste como en esa película de Jack Nicholson y el negro que siempre hace de Dios o de presidente cómo era que se llamaba ah sí Morgan Fridman no Julita Freeman Freeman como si fuera hombre libre vos porque sabés inglés un día me podés empezar a enseñar inglés ahora que tenemos tiempo bueno te decía que en esa película estaban los dos viejos como nosotros internados en un hospital y hacen una lista de todas las cosas que van a hacer cuando salgan no te parece genial Rolo que hagamos una lista también nosotros y yo le decía a Julita que si nunca hicimos nada si no salimos ni a la esquina cuando se podía por qué le entraba ahora de golpe el apuro no te habrá agarrado el Alzheimer Julita y ella me decía que el Alzheimer es cuando uno se olvida de las cosas pero no cuando uno se pone a soñar con las cosas que nunca hizo y que le gustaría hacer porque de qué sirve vivir si no podemos soñar que cuando vuelva todo a la normalidad vamos a poder ir a esquiar a las montañas llenas de nieve y comer en un restaurante caro en París o en Tokio y hacer buceo en un arrecife de coral no Julita se dice arrecife de coral bueno vos me entendiste Rolo siempre corrigiéndome te decía bucear en un arrecife de coral y ver pececitos de colores y todo eso pero lástima que Julita ya no está más por culpa de este virus chino y yo sigo solo esperando que termine la cuarentena.



MI PEQUEÑO EDÉN

...

Diego Sedano

La mente humana —que tiene algo de divina (aunque aún no sé qué parte)— nunca se calla, nunca se está quieta, vomita pensamiento sobre pensamiento, sangre sobre sangre. Por eso, la cuarentena y la soledad pueden ser peligrosas. Una mente sin nada más para distraerse que ella misma es un arma letal. Quién sabe si el aislamiento le haga pensar una teoría de la gravitación, una o dos tragedias shakesperianas, o quizás el secreto de la vida.

Aún no sé si todo no habrá sido un sueño de una calurosa noche de abril.

Había comprado una lámpara de esas que matan mosquitos y demás amantes de la luz. Mi mayor entretenimiento era ver cómo estallaban ante su pequeño sol. Era la primera vez que me sentía sádico. La parte más morbosa era ver cómo se retorcían en pequeños espasmos. Aquello hizo que me interesara por su anatomía, que pasó a ser más divertida y morbosa que la lámpara. ¡Quién pudo adivinar adónde iba a parar mi traviesa investigación!

Cuando aquella mosca (tres días muerta) que resucité empezó a moverse, y a volar frente a mí como si nada, grité horrorizado.

Pero... hay un placer en crear cosas: Dios lo sabía, por eso hay tantas en el mundo —muchas de ellas sobran—. Tengo ahora encerrado en mi dormitorio al zoológico de la perversión de mi mente, con escarabajos de dos cabezas y mariposas con hormigas por patas. En el dintel de la puerta, se posa una araña alada. Debajo de mi cama, una colonia de termitas se arrastra como el gusano. En las noches me acosa la cucaracha a la que le puse agujones en el tórax y no sé dónde se metió.

Sólo espero que acabe el aislamiento, y abra las ventanas.

ANUNCIOS CLASIFICADOS

...

Iván Ramírez López

Se busca

Hombre con cuenta de Netflix busca mujer con papel de baño para relación seria durante la cuarentena.

Epidemiólogo con varios años de experiencia, busca paciente cero para cena romántica a luz de un laboratorio.

Segunda mano

Se intercambia barril de petróleo por abrazos.

Viajero del tiempo intercambia vacuna por traje radiactivo.

Trasposos

Cambio título en Relaciones Internacionales por manual para cultivar mis propios alimentos.

Escritor de distopías intercambia novela por una despensa.



Renta y alojamiento

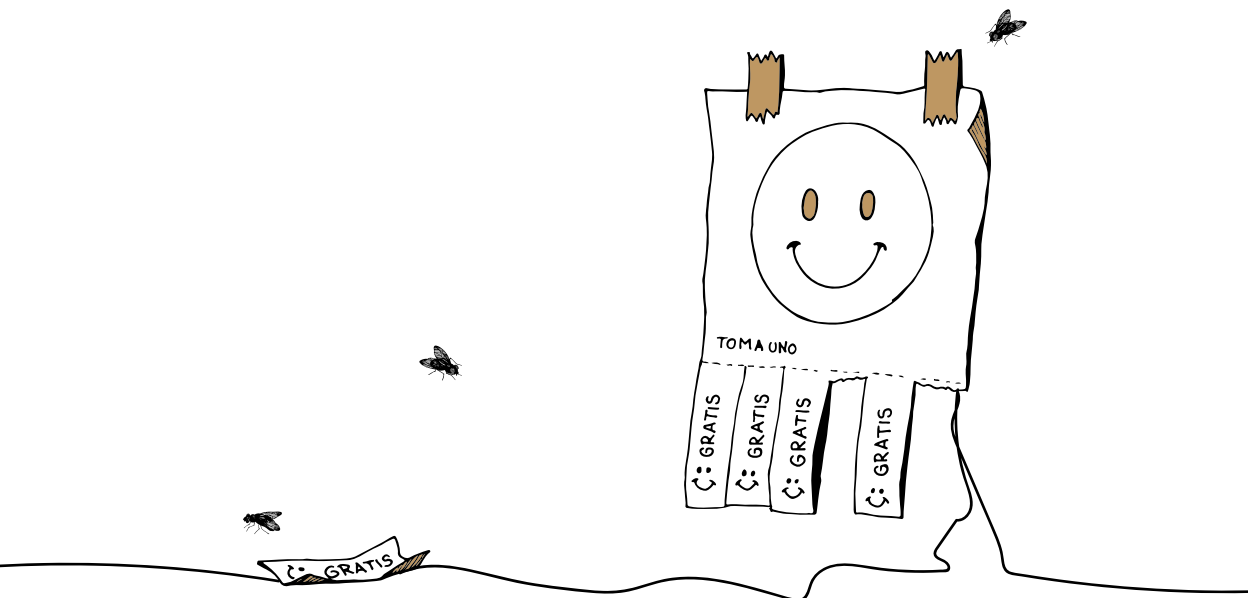
Virus oriental busca cuerpo donde alojarse. Preferentemente que el anfitrión cuente con previas patologías crónicas.

Oportunidad

Facebook abre su convocatoria para las Especialidades en: Epidemiología, Política Internacional, Doctorado en Economía y Periodismo de Investigación.

*No se requieren estudios previos en nada.

*Únicos requisitos: abrir cuenta con nosotros y tener demasiado tiempo libre.





¿LIBRES OTRA VEZ?

...



Cuando se abren las puertas llega el dios Jano, el del nuevo comienzo y el de las dos caras, el que tiene las miradas necesarias para observar lo venidero y aquello que se deja atrás. Cuando se abren las puertas después del encierro, llega el Jano de Borges, el cuadrifronte, el que es capaz de escribir el camino tan esperado con sus cuatro frentes.

Este capítulo abre sus puertas con un tema crudo: el de las personas sin hogar, aquellas a las que algunos países acogieron para dar techo y después regresarlos a su terrible realidad. Y cierra con otro tema no menos fuerte: la Piedra cubana, tema duro entre aguas que reciben el dolor aletargado de una protagonista cansada.

Así es que conforme avance en las páginas, será normal que pase algunos tragos de saliva, no será raro que sonría, se enoje, asienta para demostrar conformidad o mueva su cabeza para hacer notar su desacuerdo o incredulidad, porque recuerde que nada aquí es seguro.

Lo único que sí puedo afirmar es que cuando empiece a leer las minificiones de este apartado no terminará como empezó, pues entre finales inesperados, súbitos e impactantes; entre tristezas, ternura, muertes y felicidades, no sabrá en qué momento terminó de leer o cuándo tuvo que empezar de nuevo.

Por último, permítame adelantar que realizará un recorrido geográfico textual que pasará por España, Marruecos, Cuba, México, Nicaragua y Perú, para finalmente llegar al rincón donde se encuentra usted y su cuerpo leyendo las historias contadas en este capítulo tercero, en donde se atrevió y abrió puertas infinitas junto a Jano el cuadrifronte.

LA VIDA ES SUEÑO

...

Mustapha Handar

¿Qué es la vida? Una ficción,
una sombra, una ilusión,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Pedro Calderón de la Barca

I

Los meses que duró la cuarentena, los vivió en un alcázar.

Unas simpáticas y muy tiernas chicas atendían a sus necesidades cotidianas. Gracias a un experimentado cocinero nunca le faltó comida deliciosa y, cada día, gozaba de un menú diferente. El peluquero le hacía un corte distinto cada mes. El médico acudía frecuentemente para medirle la temperatura. Todos los días, disfrutaba de una ducha caliente con jabón a base de áloe vera y un champú que olía a un cóctel de frutas, incluso, lo degustó varias veces. Se afeitaba, vestía ropas nuevas y, cada vez que se miraba en el espejo, descubría a un hombre que jamás pensó ser. Un día, le prepararon para la cena su comida favorita: unos succulentos chorizos.

II

Era el primer día del desconfinamiento cuando los ratones salieron de sus madrigueras, a medianoche, y descubrieron que el hombre, que desde siempre

pernoctaba en aquella calle y compartía su comida con ellos, había vuelto. Se echaron a cantarriar dándole la bienvenida. No soportaron su larga ausencia. Lo rodeaban y husmeaban emocionados, pero él parecía dormir profundamente y no se enteraba de la alegría de sus pequeños amigos. Escarbaron su bolsa y sacaron unos chorizos y dos manzanas. Creían que era su festín y se lo comieron con fruición. De repente, perdieron el conocimiento y no volvieron en sí hasta la madrugada. Se percataron de la trampa y sacudieron al hombre quien al despertarse, velozmente, se hicieron harapos sus prendas, se le adelgazó el cuerpo, le salieron uñas de bruja, se le alargó el cabello y fue infestado por piojos, se le demacró el rostro y fue cubierto por una barba prolija. De aquel alcázar sólo quedaron recuerdos hechos escombros. Entonces volvió a ser el hombre que era siempre: un hombre sin techo.



DOS MIL TREINTA Y CINCO

...

Patricia Martín Rivas

¿Te acuerdas de cuando había presidentes? Qué horror, qué horror, calla. En la lucha entre macho y el virus ganó quien tenía más argumentos. Sumidos en los temores más profundos de la masculinidad frágil, se negaron a ponerse mascarillas, para no parecer débiles o, peor, maricas o, peor, mujeres. Trump murió, Bolsonaro murió, Putin murió, López Obrador murió, porque decían que no existía el virus, que no tenían que protegerse, que no, no, no y no. Rabieta: la naturaleza siguió su curso y cayeron como moscas.

¿Te acuerdas de cuando se derramaba sangre? La masculinidad tóxica se enraizaba en decisiones de testosterona y demostrar empatía por pueblos lejanos y ajenos simbolizaba debilidad o, peor, tal, o, peor, cual. La luz bélica siempre se encendía en algún lugar, animada por el odio y el enfurruñamiento, avivada por la falta absoluta de diálogo. El mundo tomó un rumbo inesperado cuando la Organización de Mujeres Unidas (OMU) firmó aquel tratado de paz mundial eterno e indefinido.

¿Te acuerdas de cuando reinaba la injusticia? Pero ahora la presidenta Malala ha acabado con el analfabetismo impuesto a las niñas en Pakistán; la presidenta Obama ha implantado la sanidad universal para todos los habitantes de Estados Unidos; la primera ministra Ardern, por enésima vez reelegida, ha hecho hueco en la agenda política a la lucha económica y social maorí de Nueva Zelanda; la presidenta Adichie ha zanjado los conflictos étnicos y religiosos y los secuestros de niñas en Nigeria; la primera ministra Watson ha instaurado medidas ecológicas revolucionarias tras negociar la reincorporación a Europa del Reino Unido; la presidenta Menchú ha erradicado la desnutrición infantil en Guatemala.

Año 2035: ¿Echas de menos a los presidentes que desaparecieron con el zarpazo del coronavirus? Ay, no, quita, quita, por amor de Diosa.

NUEVA ANORMALIDAD

...

Sergio Figueroa

Estoy aquí como si fuera un prisionero dudando de gozar de su libertad inesperada. No me atrevo a poner un pie en la calle. Tengo miedo de encontrarme con un escenario de muerte, de oler algo que me dañe, de aspirar el Bicho Raro. Las indicaciones son que ya se puede salir libremente a la calle con sus debidas precauciones, pero aún temo a los encuentros de extraños, a los roces, a los ruidos, a los familiares y vecinos. Sin embargo, y a pesar de todo, a ti deseo abrazarte y besarte infinitamente, más que como lo hacíamos antes. Ahora sé que es imposible por el temor, el horror a los rebrotes. Para mí, si fuera posible, con un abrazo bastaría, sólo con un abrazo donde me entregue a tu olor, y en ese acto de amor atrapar un roce leve en tu mejilla, una caricia que me llevaré impregnada en la mano, sellada como tatuaje, y así podré disfrutarla en mi habitación fuera de cubrebocas y antibacteriales: sólo tu esencia de piel fresca. Pero los besos y abrazos se posponen día con día. Por lo pronto, mientras esto pasa, te veré en la distancia —bella como siempre— por la pantalla del frío y odioso Zoom.



SUCESOS-19

...

Patricia Rivas M.

El virus real aún nos vigila, y pese a que podemos salir de casa, continúo estudiando el poema «Instantes» cultivado en el encierro.

En sus orígenes, este soneto fue publicado allá por 1935 en la revista estadounidense *Collage humor* por el humorista y caricaturista Don Herold, a quien se le atribuye la verdadera autoría lírica, posteriormente la perfecciona Nadine Stair, para finalmente ser concluida por Borges.

Caminando por Santiago escucho un audio de Jorge Francisco Isidoro Luis Borges, nuestro escritor argentino, mientras inhalo los aires de la libertad: «Si pudiera vivir nuevamente mi vida / me relajaría más/sería más tonto de lo que he sido/contemplaría más atardeceres/comería más helados/de eso está hecha la vida». Particularmente agregó que «obsequiaría abrazos dilatando los tiempos de miradas en otros ojos».

Hemos logrado vencer la reclusión por orden de salud gubernamental.

Dudo que sea para siempre.



PRIMAVERA 2021

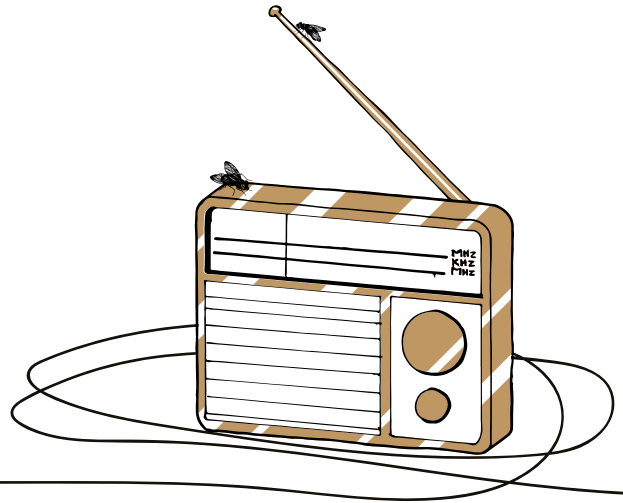
...

Dina Grijalva

Sal de casa, la frase se escucha en todas las radios, en las televisoras, en los carros de sonido. Sal de casa, ya no hay peligro, sal de casa. Las locutoras y animadoras siguen grabando sus programas desde su casa y repiten la frase que les indican: sal de casa. Las autoridades colocan espectaculares que nadie ve, con sólo tres palabras: Sal de casa.

Nadie sale de casa. Ya se hizo un ritual permanecer en casa. Ya no se piensa en trayectos mayores que el de ir de la recámara a la cocina o de ahí a la sala. Las calles lucen desoladas, las hojas de los árboles forman tapices en las aceras, ya nadie sale ni al porche.

Todos han hecho de su casa su mundo.



GRACIAS, HOLLYWOOD

...

Patricia Carrillo

Después del tiempo de peligro, abrió la puerta esperando ver cenizas y caos. Nada. Viento tenue, basura en el drenaje público, la llanta de su auto ligeramente baja por el desuso. Se había preparado incluso para combatir zombis, pero no para buscar un nuevo empleo.



UNA TUMBA

...

Carlos Cortés

Confinado durante días —por causa de una grave enfermedad— a la soledad de su casa, empezó a ver en las distintas habitaciones la imagen de la ciudad. En la sala estaban los jardines y las plazas; en la cocina, los bares y mercados; en el baño, un río que cruza de norte a sur el territorio. Después de largas jornadas llegó finalmente al cementerio, y, agotado de tanto andar, descansó en una singular tumba con forma de cama.

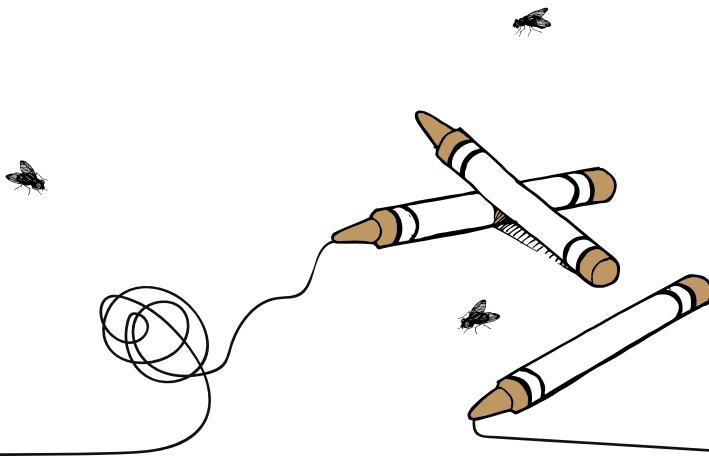


LA PAZ DE LOS SEPULCROS

...

Alberto Sánchez Argüello

Qué alegría recibir una visita. No se preocupe, no me está interrumpiendo. Como puede ver, ya estoy listo para hacer mi rutina matinal: mascarilla, guantes y bata plástica en su lugar. Este barrio solía ser bullicioso, ¿sabe? Los niños hacían mosaicos de tiza en estas calles. Mi nieta también. Ella dibujó con crayones en aquel muro de allá. Aunque no me gusta la palabra que escribió. La esperanza ha matado más gente que el virus. La esperanza de encontrar una vacuna, de que los gobiernos nos salvarían con monitores biométricos, de que los militares lograrían contener los saqueos y las matanzas. Yo siempre he sido realista. Por eso esperé que mi familia estuviese dormida para acabar con su desesperación. Ahora descansan en el parquecito, bajo las acacias. Yo les llevo flores todas las mañanas. Ahora váyase, que yo sé bien que soy el último, déjeme con mi paz.



EXTINCIÓN TERRÍCOLA

...

Willan Castillo Briceño

Fue sumamente extraño que, en varias temporalidades, los terrícolas no despegaran sus aeronaves como tenían acostumbrado. Por esto, los marcianos, que eran los más cercanos, convocaron a una sesión extraordinaria a los representantes del Sistema Planetario Solar.

Todos los extraterrestres mostraron su preocupación, porque se habían familiarizado con los humanos por esa ufología vivencial que mostraban éstos en sus viajes espaciales. Conformaron un grupo de expedición y lo enviaron a la tierra para indagar sobre la extraña situación.

Descendieron de sus platillos voladores los rojos marcianos, pisaron tierra los roca-terrosos venusinos, bajaron los gélidos jovianos, aterrizaron los metálicos silicatos mercurianos, llegaron con sus anillos gigantes los saturninos, respirando nuevos aires descendieron los uranianos, se posaron en el planeta los neptunianos, lograron despegar los minúsculos plutonianos; y, como no podía faltar la belleza femenina, arribaron seis lindísimas selenitas.

Una vez en tierra, los expedicionarios se dividieron y salieron a investigar por los cuatro puntos cardinales; no pasó mucho tiempo y ya estaban todos de regreso. Hablaron en sus lenguajes alienígenas, discutieron y concluyeron en su expediente secreto: peinamos el tercer planeta del sistema solar y lo encontramos deshabitado, los terrícolas han desaparecido. Logramos observar infinidad de carteles que decían: «YoMeQuedoEnCasa, por miedo al covid-19».

Luego de eso, se pusieron a celebrar con un placer desenfrenado. En la eufórica celebración se escuchó una conversación secreta entre los dos jefes máximos de la dimensión extraterrestre: «La misión de nuestro Agente Invisible de Exterminio, dio total resultado».

Al día siguiente, los nuevos residentes se dividieron los continentes, los mares y los aires del globo terráqueo.

BUENA MADRE

...

Jesús Guerra Medina

Sostengo al último bebé del mundo en mis brazos. Lo tengo que proteger.

El mundo está destruido; no hay comida, tampoco agua potable ni medicamentos. Además, el aire apesta. Mis pulmones duelen. La infección ha carcomido al mundo.

Rápido, cubro al niño con una manta y salgo del hospital. El sol me abraza, quema mi piel, no hay nubes, sólo una niebla de dióxido que se expande por el suelo repleto de basura y litros de excremento burbujeante. Miro alrededor: no hay peligro, así que echo a andar. En la esquina, una montaña de autos quemados. Cuando anunciaron que no había reversibilidad para el virus, los contagiados los quemaron todos en un signo de arrepentimiento. Eso sólo degradó el aire, facilitó el contagio. Siempre estúpidos.

De pronto, unos gruñidos. Lo han olido. Vienen por él.

Rápido comienzo a correr pero montones de monstruos hambrientos me cierran el paso. No importa, conozco un atajo, doblo en la esquina, atravieso un callejón, el niño llora, algo me muerde la pierna, rasga mi piel, no importa, sigo adelante, no puedo dejar que se lo lleven. A lo lejos, una explosión, gritos de agonía. Me agacho, salto, corro. Minutos después, suspiro: creo que los perdí. Cojeando, sigo adelante, me duele el cuerpo, pero ahora bajo la pendiente, por fin llegué.

A continuación descubro al bebé y lo dejo caer en el agujero, en casa. Y sonrío con mi risa torcida, soy feliz: mis niños por fin tienen algo para comer.

EL ENCIERRO

...

Sara Magos Gómez

Son cuatro apartamentos. Uno es un despacho; el otro, una bodega. En el tercer piso vive Laila; en el último, Javier, su casero. Son las ocho de la noche. Helicópteros y megáfonos. «¡Emergencia!» El terror. Salen todos a las calles: vecinos, tenderos, el cura que termina sus plegarias. Sale ella, él. Se miran. Se saludan. Llega el ejército. Anuncia el toque de queda: nadie sale y nadie entra en cuarenta días: ¡Pandemia! Regresan las personas resignadas a sus casas. En los apartamentos vacíos sólo se quedan Laila y Javier. Silencio. Pasan 7 días. Laila habla con su mamá. Se siente sola. Extraña su rutina. Pasan 14 días. Javier no habla con nadie. Siempre solitario. Tiene 55 años; Laila, 20. Es temprano. Se asoman por el balcón. Se miran. Quieren sonreírse. Pasan 22 días. Es de noche. Javier sueña. Laila se baña con agua tibia. Se toca. Siente. Pasan 30 días. Silencio. Hace calor. Es primavera. Ya no hay teléfonos ni internet. En el refrigerador de ella no hay comida. Tiene hambre; él, sed. Es tarde. Son las 6 pm. Alguien timbra. Alguien abre. Es Laila. Javier se extraña. Se saludan. Sonríen. 31 días. Es madrugada. El viento cálido. Oscuridad. Sólo la luz de la habitación. Todo es silencio menos dos voces. Laila y Javier. Calor. Humedad. Cuarenta grados. Es de día. Es de noche. Son dos. Ahora, 39 días. Deseo. Son las 8 am. Laila despierta. Javier la mira, la ama. Ella. Él: 55 años y 40 días. Suenan las campanas. El cura sale. La homilía comienza. Es domingo 22 de abril. Un beso; sus labios. Un abrazo; sus manos. Huele a café. Está caliente. Javier muerde la fruta. Laila bebe leche. Se va. Termina la cuarentena. Tristeza. También vida.



PAZ

...

Marina Cabrera

El vecino, amante del mariachi, exhaló un grito de victoria al mero estilo Jalisco cuando se supo que habíamos pasado el peor momento.

Yo no pude evitar sonreír. Las lágrimas llenaron mis ojos como si fuese una presa próxima a desbordarse. Me doblé, hincada en el piso, dando gracias a que todo acabó y que por fin podríamos salir a tomar un poco de sol de manera normal.

Sin embargo, más allá de la felicidad por la «libertad»... Mi llanto era por una paz que no compartía con el resto del mundo. La felicidad que yo sentía, tenía que ver con una libertad que había ansiado por años, una tranquilidad que llegó gracias a una enfermedad que mi marido no superó. Una enfermedad que se lo llevó, considerándola yo un regalo del cielo, el castigo divino que esperaba mi marido desde el día en que me puso la mano encima.

A pesar de tener un par de semanas de haber fallecido, en donde tuve que fingir que estaba destrozada por su partida, en realidad, mis lágrimas fueron de profundo alivio, agradecimiento y felicidad por haberme librado de un abusador que me aterrorizaba cada noche.

El aislamiento fue para mí una temporada de reencuentro conmigo misma, reinventándome para cuando pudiera abrir la puerta de nuevo, los rayos del sol purificaran mi alma lastimada.

Y ahora, abriendo la ventana, daba gracias y gritaba de alegría junto a mi vecino, vitoreando el final del confinamiento y el inicio de una nueva vida para mí. El sol brillaba tanto, que no pude evitar echarme a reír, impaciente por el futuro que me aguardaba.

FÁBULA DEL PORVENIR

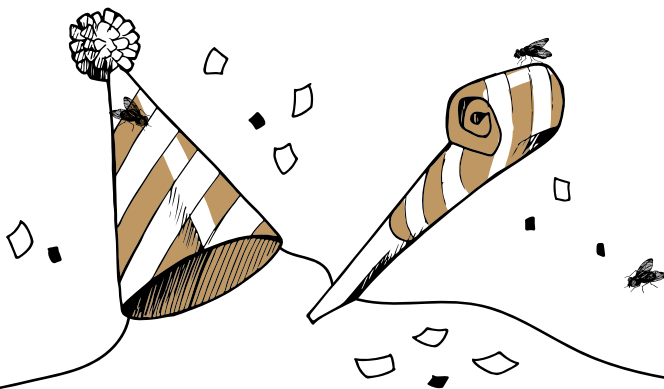
...

Adriana Azucena Rodríguez

El esfuerzo por volver a la normalidad después de la cuarentena representó un trauma aún mayor: en algunos sitios, los que intentaron volver como si nada hubiera pasado, chocaron con los que nunca hicieron caso a las recomendaciones de aislamiento y se burlaban de los que sí; o tuvieron que lidiar con los que se fueron para siempre del lugar en el que se vieron obligados a permanecer, y de otros no volvió a saberse nada. Así empezó la guerra civil.

Hubo un país en el que se comprometieron a no permitir que volviera a suceder —han entendido que cada cien años la amenaza vuelve—: no terminaron la cuarentena. Sus calles siguen vacías, salen una o dos veces al mes, aún con mascarilla. Prefieren no reconocer a los antiguos amigos.

En otro país, en cambio, decidieron hacer una fiesta de abrazos que se prolongó por años. Dicen que el lugar es muy divertido, pero yo, que estuve ahí unos días, creo que nunca he visto la locura a los ojos como entonces.



DETENIDOS

...

Inés Von Hurten

Poco a poco el tiempo dejó de correr dentro de la casa. Al principio, los días se sentían un poco más largos, pero sólo es falta de costumbre, pensaba. En la tele, la misma noticia se reproducía hora tras hora tras hora tras hora.

Después los segundos comenzaron a aglutinarse en el reloj, una manecilla se empalmaba en la otra sin poder avanzar, así hasta que todos los segundos del día estuvieron reunidos e implotaron ante la imposibilidad de seguir adelante. El reloj se descolgó y yo me quedé sin poder medir las horas de encierro. Con el pasar de los días, notaba que el café tardaba más tiempo en enfriarse y los maullidos del gato se arrastraban por el piso y seguían ahí incluso cuando él ya se había ido. El humo del cigarro formaba figuras estáticas, las palabras se aglomeraban en un eco visible y chocaban con el miedo, ahora espeso, de todos los ausentes. La casa se llenaba de soledad. Mis dudas se disiparon cuando intenté abrir la regadera y el agua tardó siete noches en mojarme la mano. Estaba atrapada junto con el tiempo y no había ningún lugar a donde huir.

Adentro, todo estaba detenido. Sin embargo, afuera, detrás de la ventana, el tiempo corría igual que siempre y un rayo de sol inundaba el alféizar donde habitaban, ahora libres de nosotros, los pájaros.



EL FIN DEL VIRUS

...

Agustín E. Bataz

Tras mucho tiempo, el virus había sido erradicado. Con gran pesar para las personas, la cuarentena se volvió en un encierro —primero sugerido, luego exigido, luego obligatorio y bajo control militar— de muchos meses, por lo que una gran cantidad de personas, incapaces de abastecerse con víveres para tanto tiempo, perecieron. Ahora, los sobrevivientes eran una cantidad mucho menor a los casi ocho mil millones, pero aún eran un número más que considerable para repoblar el planeta.

Hay que recordar que, antes de la pandemia, la humanidad ya enfrentaba una crisis económica, ambiental, y la gran tensión política causaba que, meses antes, incluso se hicieran memes sobre una posible tercera guerra mundial. Tal vez, en esta ocasión, dada una nueva oportunidad, las personas enmendarían sus errores y harían las paces el uno con el otro, así como con la Tierra. Sin embargo, eso nunca lo sabremos. En cuanto salieron de sus hogares y refugios, fueron atacados por nosotros: las águilas, los lobos, las serpientes, y todos los demás seres vivos. Nunca sabremos si los humanos aprendieron de sus equivocaciones, pero nosotros sí que aprendimos de la nuestra: no volveríamos a permitirle a ese virus proliferar por nuestro mundo.



VISITANTE

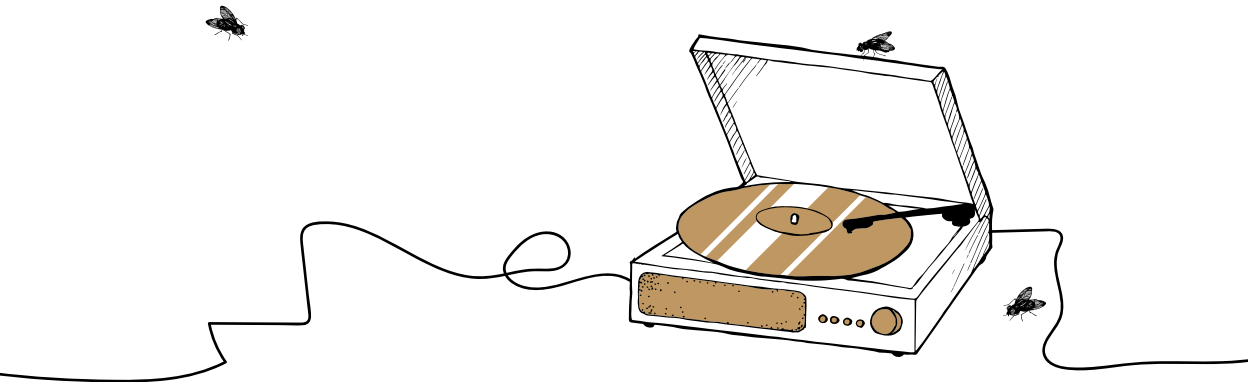
...

Karen Ríos

Habito por cuadragésimo día la misma habitación, con el objetivo de variar la rutina he decidido convocar a Satanás, al ocurrir la aparición sospecho que no es un modelo auténtico, pero al no ser fiel creyente de las devoluciones, contínuo sin emitir queja alguna.

Da inicio la sesión y evitando el trillado tema del bien y el mal, el diablo señala con sus ardientes garras un par de discos y comprendo que sobre música es de lo que quiere hablar. Charlamos de rock and roll, pop, blues y jazz, ha lanzado una carcajada cuando lo cuestiono sobre su relación con el metal. Mediante un aplauso profundo ha hecho aparecer un tocadiscos flamante, me pide seleccionar algo para él y elijo nerviosa Stevie Wonder, suena «Superstition» y sus patas comienzan a flotar.

Ha llegado el momento de decir adiós, siento un beso ardiente en mi mejilla, mientras mi cuerpo se entibia le comunico casi en silencio y al oído que dejaré abierto el portal.

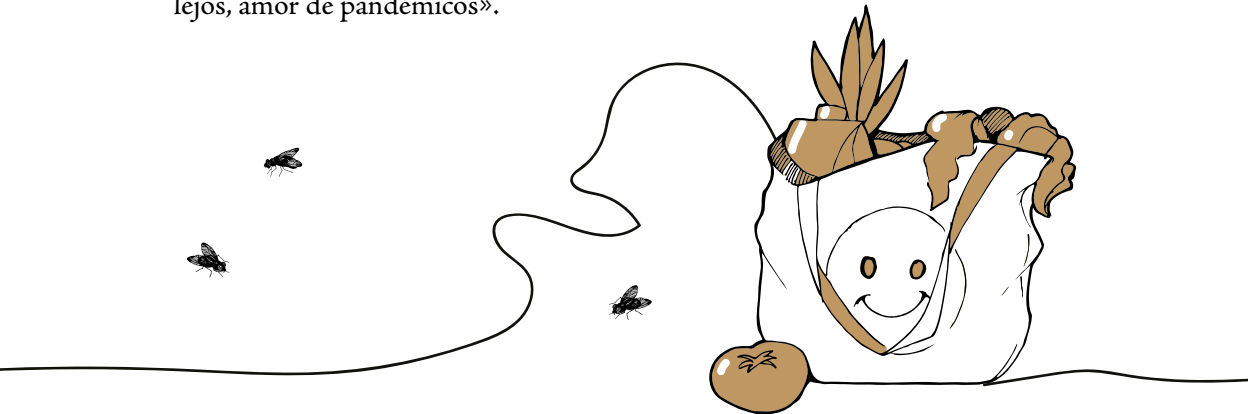


SUSANA

...

Paulo Verdín

Si yo quería abrazarla, con cierto recato, me decía: «Guarde por favor su sana distancia». Si yo quería tomarla de las manos: «Recuerde que no se las ha lavado». Si quería besarla: «Ahora no, traemos cubrebocas». Finalmente, me convenció de endurecer las medidas preventivas y consentí quedarme confinado en mi distante casa por cuarenta días. La desgracia llegó a mis ojos cuando salí al supermercado por víveres en medio de la cuarentena. Allí estaba ella, besándose con otro hombre en la calle. Tuve la desgracia de ver cómo la saliva viscosa se separaba de sus bocas, convirtiéndose en diminutas gotas a merced del viento y del contagio masivo. Al notar que yo la miraba de cerca con mi corazón inoculado con un veneno más cruel que el odio, ella alejó brutalmente sus labios carnosos del rostro de aquel hombre. Ahora entendía bien que todo eso que me decía para prevenir el virus eran puros cuentos para disfrutar en la lejanía sus amores secretos. En mi cabeza crecían dos cuernos como una corona y en mi mente sólo retumbaban las sabias palabras populares que decían: «Amor de lejos, amor de pandémicos».



LOS CONFINADOS

...

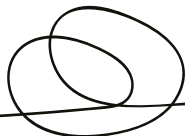
Anel Zavala Rodríguez

El pueblo de Santiago parecía ser el típico lugar de provincia, cuya gente camina descalza sobre las calles de terrecería junto a los animales de corral, excepto por un detalle. Los habitantes vivían confinados en sus pequeñas casas. Nadie sabe a ciencia cierta cuándo empezó su encierro voluntario, pero tenían una razón poderosa: la muerte rondaba fuera.

Un hedor a pudrición se hacía presente cada vez que la muerte recorría sus desoladas calles, no había nadie en el pueblo que no pudiera olerlo, incluso algunos cuantos lograban escuchar el momento en que pasaba frente a sus casas. Sin embargo, nadie lograba ver nada.

Aquellos que escaparon de Santiago cuentan que sobre el lugar había caído una maldición; los lugareños que tentaban su suerte y salían a merodear caían fulminados a escasos metros de sus hogares, por ello no era de extrañarse que de repente apareciera uno que otro cadáver a mitad del camino.

A pesar de la desgracia, la vida en Santiago se abrió paso. Debajo de las casitas de madera y lámina, había túneles construidos por las propias manos de los habitantes, la kilométrica arquitectura conectaba al pueblo entero; los alimentos y víveres eran suministrados por este método poco ortodoxo, pero eficaz, así la gente comenzó a adaptarse a este inusual estilo de vida. El único consuelo que tenían era que, sumergidos a profundidades donde el aire apenas existía, la muerte no los podía alcanzar.



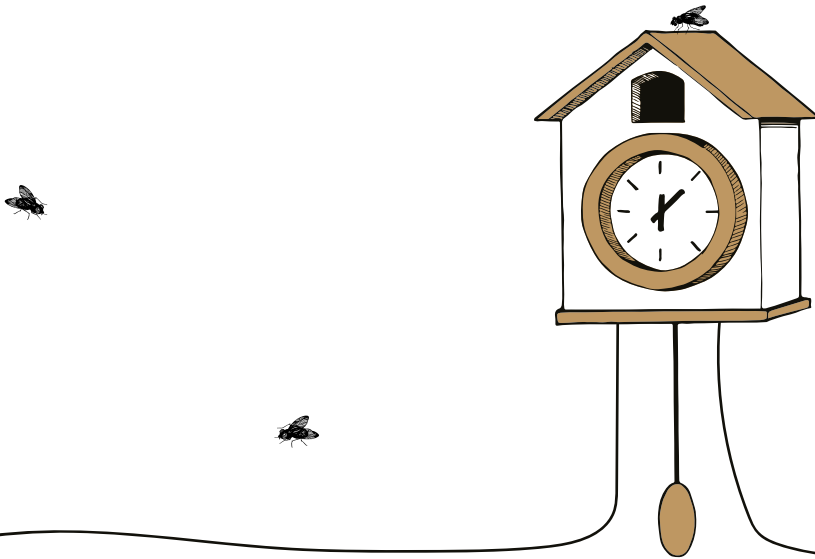
EL PÁJARO

...

Jania Godínez

Todas las noches se quiebra las uñas intentando abrir la puertita donde se esconde el pájaro de madera de su reloj cucú, que no funciona desde hace un siglo. Y el avecita oculta en el interior del mecanismo le pregunta con fastidio: «¿Por qué te esmeras tanto en hacer que yo salga, si tú ni siquiera te atreves a asomar la cabeza por la ventana?»

Al día siguiente sale de su casa. Y en cuanto la puerta se cierra a sus espaldas, el sonido del reloj desde adentro resuena: «Cucú, cucú».



40 DÍAS O 100 AÑOS DE SOLEDAD

...

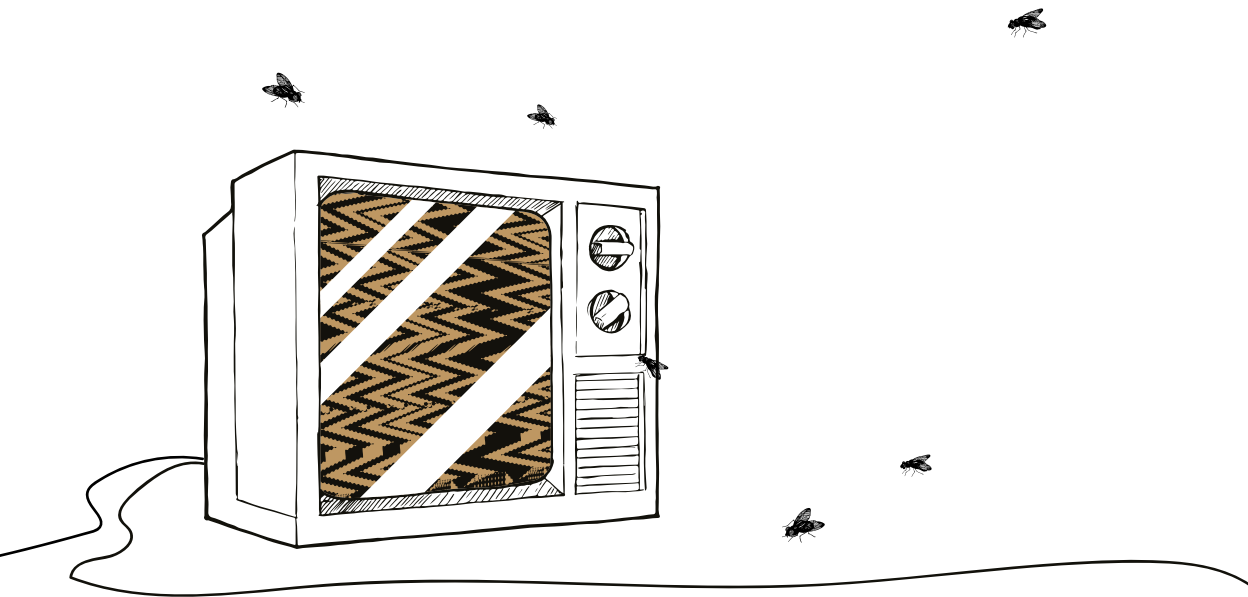
Soledad Flores

Escuchó en televisión que el encierro había terminado y que podían salir sin problema. Había hecho ya muchos amigos, pacientes con historias que contarle.

Alistó sus pertenencias, se puso de nuevo su impecable uniforme blanco y se decidió a partir.

Ya en la puerta un hombre con uniforme blanco también lo detuvo y lo regresó a su cuarto inmediatamente.

«Los pacientes aquí siguen encerrados», le había dicho el psiquiatra.



LA PIEDRA

...

Melissa C. Novo

Salí arrastrando la piedra. La calle era un sepulcro, y un búho me miraba desde el semáforo. La sogá me apretaba demasiado la muñeca. Apresuré el paso. Atravesé la ciudad como poseída por los fantasmas con los que combatí la noche anterior. Aparecieron en casa mientras dormía y me torturaron con gritos y pintaron las paredes y revolcaron los adornos y escupieron el techo hasta derretirle las esquinas. Me violaron, cientos de veces, en la cama, en el baño, contra el piso; me chuparon la boca y las axilas y las tetas y el ombligo y los pies, casi hasta gastarlos. Se marchaban con el sol, repletos de placer, y se aguantaban unos contra otros para no caer revolcados en el suelo. Vinieron durante todo el mes, entonces me despertaban a mitad de los sueños y me entraban dentro y corrían debajo de la piel cruzándome las venas unas con otras. Me salían por la boca o por los oídos y sólo después volvía la luz a casa.

Aquel día, en medio de la calle, me detuve, varias veces, a tomar aire, mientras me escondía en callejones, alternativamente. Hacía unas horas había intentado ahogarlos dentro de mí. A uno lo maté cuando pasaba entre las costillas, arqueé el abdomen y aguanté la respiración, y lo traía allí, aún con los ojos abiertos, pero sin respirar.

El vestido comenzó a desprendérseme del cuerpo, las manos se me fundieron con la cuerda y los hilos se tiñeron de carne. A la altura de mi vista apareció el peñasco que aún dormía envuelto en el silencio. Me coloqué al borde, lancé la piedra, y esperé paciente que la cuerda tensionara. Fueron horas aguardando la muerte; pero, por una extraña razón, la piedra, burlona, se quedó levitando a mitad del vacío.

SILENCIO COAGULADO

...

Carlos Suárez

¡Se terminó el encierro! ¡Primer día después de la pandemia! Hoy me levanto temprano, me meto a bañar y al salir ya huele a desayuno. Es raro, los primeros días Carmen hacía el desayuno de los dos; después, ya lo hacíamos un día ella y otro yo; más adelante, cada quien se hacía el suyo. Ahora me recibe en la cocina con una sonrisa que hacía una cuarentena no veía. Me despido, abro la puerta del departamento, una hora para llegar, antes salía faltando quince minutos. Las puertas de mis tres vecinos se abren al mismo tiempo; también van más temprano. Hoy todos me saludan, incluso los que nunca me habían brindado algún hola, hasta los ojos les ríen. Los de los pisos de abajo se van sumando a los saludos y a las escaleras. Nos dirigimos a nuestros carros, formaditos y de buenas. En el camino, saboreo el exceso de tráfico, no avanzo, la quietud y el movimiento se yuxtaponen, es vida. En sentido contrario pasa un camión lleno de gente, apretaditos los pasajeros van muy contentitos. Llego a mi oficina, normalmente lo hago en quince minutos, hoy hice una hora, encantadora hora viendo gente, fumando el aroma del monóxido de carbono, escuchando el claxon de los vehículos, incluyendo el mío; nadie hacía que sonara para que los demás caminaran, era un sonido necesario que provocó que los corazones dieran vueltas en su propia sangre. Antes de llegar a mi privado escucho muchos «hola»; «holas» de alegría medida. Me siento, prendo la computadora para empezar esta rutina que había dejado de serlo, hermosa rutina. Escritorios vacíos, varios.

—¿Y ellos?

—Ellos ya no están —me responden y en la oficina el silencio se coagula como ceniza que se incrusta en cada rincón.



AUTORES

...



JURADO

...

Cecilia Eudave (México, 1968)

Narradora y ensayista. Entre otros libros ha escrito Registro de Imposibles (2014) y Bestiaria vida (2018, premio de novela Juan García Ponce). Ha sido traducida a varios idiomas y participado en varias antologías y revistas nacionales y extranjeras. En el 2016 se le otorgó la cátedra América Latina en Toulouse, Francia.

Natalia Madrueño (México, 1982)

Licenciada en Letras Hispánicas y maestra en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana expedida por la Universitat de Barcelona. Algunos de sus textos aparecen en distintas antologías y revistas iberoamericanas. Ha dirigido cursos, conversatorios y talleres literarios.

Paola Sandoval (México, 1985)

Ficcionista. Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara, docente de educación básica y mediadora del Programa Nacional Salas de Lectura. Sus textos han sido publicados en varios periódicos y revistas de Jalisco. Escribe en el blog *Crónicas desde lo cotidiano*.

INVITADOS

...

Alberto Chimal (México, 1970)

Ganador de premios nacionales e internacionales, entre sus colecciones de minificción están *Gente del mundo*, *Grey*, *83 novelas*, *El viajero del Tiempo* e *Historia siniestra*. También ha publicado novela, ensayo y libros para niños y jóvenes, y es un conocido profesor de escritura creativa.

Ana María Shua (Argentina, 1951)

Escribió novelas, cuentos y minificciones. Ha publicado *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del Caos*, *Temporada de Fantasmas*, *Fenómenos de Circo*, *Cazadores de Letras* y *La guerra*. En 2016 recibió el Premio Iberoamericano Arreola en Minificción.

Ana Pellicer (España, 1976)

Doctora en Filología por la Universidad Autónoma de Madrid y máster en Edición por la Universidad de Salamanca. Es especialista en la Casa de América (Madrid) y profesora en la Universidad Carlos III. Ha publicado *Lo contrario de mirar* (Sitara, 2019) y *Cuando ellas cuentan. Narradoras hispánicas de ambas orillas* (Relee, 2019).

Dina Grijalva (México, 1959)

Doctora en Letras por la UNAM. Sus libros de minificción son: *Goza la gula*, *Las dos caras de la luna*, *Abecé sexy*, *Mínimos deleites*, *Miniaturas Salmantinas* y *Cuestión de tiempo. Antóloga de Eros y Afrodita en la minificción*. Traducida al mixe, al zapoteco, al mixteco, al griego y al francés.

Efraim Blanco (México, 1974)

Fundador y director de la editorial independiente Lengua de Diablo y de Abismo. En 2012 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola con el libro *Dios en un Volkswagen amarillo*. En 2019 ganó el Premio Bellas Artes de cuento infantil y juvenil Juan de la Cabada por el libro *La balada de los niños muertos*.

Felipe Garrido (México, 1942)

Narrador, ensayista y cronista. Ha sido director de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, de la Unidad de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública y director adjunto de la Academia Mexicana de la Lengua. Su producción literaria es merecedora de numerosos premios y reconocimientos.

Fernando Iwasaki (Lima, 1961)

Escritor, historiador y profesor en la Universidad Loyola Andalucía. Es autor de tres libros de investigaciones históricas, seis libros de ensayos, dos novelas, siete libros de relatos y siete compilaciones de crónicas y artículos. Se le ocurren novelas, pero le salen microrrelatos como «Ajuar funerario» (2004).

Martha Cerda (México, 1945)

Licenciada en Derecho. Ha publicado más de treinta libros entre cuentos, novelas, poesía, ensayo y teatro. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, griego, noruego, alemán, croata y al islandés. Ha recibido reconocimientos nacionales e internacionales. Es fundadora y directora de la Escuela de Escritores Sogem Guadalajara.

Mustapha Handar (Marruecos, 1982)

Microficcionalista miembro del colectivo internacional Minificcionalistas Pandémicos. Microrrelatos suyos fueron publicados en España, México, Colombia, Chile y Argentina. Integra antologías como *Ellas II*; *Pluma, tinta y papel VI*; *Inspiraciones nocturnas IV*;

Microfantasías (España, 2017), *Letras Marruecas II* (Chile, 2018), *Piedra y nido* (Argentina, 2019) y *Brevirus* (Chile, 2020).

Patricia Esteban Erlés (España, 1972)

Profesora y columnista en *Heraldo de Aragón*. Ha publicado los libros *Manderley en venta* (2008), *Abierto para fantoches* (2008), *Azul ruso* (2010), *Casa de muñecas* (2010). Sus cuentos han sido antologados en diversos volúmenes colectivos. En 2017 ganó el Premio Dos Passos con su novela *Las madres negras*.

Patricia Martín Rivas (España, 1986)

Ha confeccionado tres novelas. Traduce textos, redacta artículos, textos creativos y publicitarios. Pertenece al colectivo Microficcionistas Pandémicos. Ha ganado varios premios literarios y colecciona palabras intraducibles, algunas atrapadas en su libro *Saudade*, e historias internacionales sobre la pandemia en *El amor en los tiempos del coronavirus*.

Patricia Rivas M. (Chile, 1975)

Ha publicado *Hija bastarda* (2009), *Cof Cough* (2014) y *Transacciones* (2019). Su obra ha sido incluida en las antologías: *Kaleidoscopio* (Poesía, 1995), *Enough+ Women Against Gender Violence* (2012), *Microquijotes 2* (2015), *El ojo de Lilith* (2018) y *Microcuento Fantástico chileno* (2019).

Ricardo Sumalavia (Perú, 1968)

Doctor en Letras por la Universidad de Burdeos. Ha publicado los libros de cuentos *Habitaciones* (1993) y *Retratos familiares* (2001), los microrrelatos *Enciclopedia mínima* (2004) y *Enciclopedia plástica* (2016), y las novelas *Que la tierra te sea leve* (2008), *Mientras huya el cuerpo* (2012), *No somos nosotros* (2017) e *Historia de un brazo* (2019).

Sergio Figueroa (México, 1964)

Doctor en Letras por la UdeG, profesor e investigador del Departamento de Estudios Literarios, con perfil PROMEP. Fue profesor huésped en la Universidad de Pai Chai de Corea del Sur. Su trabajo literario ha sido publicado en distintos libros, revistas y periódicos. En 2005 obtuvo mención en la revista *El Cuento* dentro del concurso de minificción.

Solange Rodríguez Pappé (Ecuador, 1976)

Ganadora del Premio Nacional Joaquín Gallegos en 2010 y 2019. Sus relatos han sido traducidos al inglés, francés, italiano y mandarín. Entre otros ha publicado los libros de cuento *Caja de magia* (2015), *Episodio aberrante* (2016), *La bondad de los extraños* (2016) y *Levitaciones* (2017).

GANADORES

...

Adriana Azucena Rodríguez (México, 1973)

Doctora en Literatura Hispánica, profesora en el área de Creación Literaria. Autora de *La sal de los días* (Fomento Editorial BUAP, 2017) y *Las teorías literarias y el análisis de textos* (UNAM, 2016), entre otros.

Agustín E. Bataz (México, 1992)

Escritor y psicólogo. Su género favorito es el cuento corto de terror, aunque también escribe poesía. Autor de *Árboles en la oscuridad* (Medina Liber, 2019) y *Pesadilla en el hotel* (Pathbook, 2019).

Alan Argüello (México, 1990)

Saltillense. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Querétaro y escritor de brevedades. Ha publicado en diversos medios electrónicos e impresos.

Alba Darinka Rodríguez Lozano (México, 1997)

Estudia la Licenciatura en Periodismo en el Centro Universitario del Sur, de la Universidad de Guadalajara (UdeG). Ha colaborado en medios como Radio Universidad de Guadalajara, el semanario *El Puente* y el medio regional autlense *Letra Fría*.

Alberto Sánchez Argüello (Nicaragua, 1976)

Psicólogo, minificcionista, escritor de literatura infantil y juvenil. Ganador del primer concurso de cuento juvenil de la Fundación Libros para Niños (2003) y del II Concurso Centroamericano de Literatura Infantil (2016). Publicó *Miniaturas voraces* con El Taller Blanco Ediciones en Bogotá (2019).

Anel Zavala Rodríguez (México, 1993)

Redactora independiente. Recién ha comenzado a escribir sus propios relatos.

Camilo Montecinos (Chile, 1987)

Escritor microcuentista. Publicó *Golpes sobre la mesa* (Ediciones Sherezade, 2017). Sus textos han aparecido en publicaciones de Chile, Argentina, Perú, Colombia, Venezuela, México y España. Ha obtenido algunas distinciones como la Beca Creación Literaria del Ministerio de las Artes de Chile.

Carlos Cortés (México, 1992)

Profesor de humanidades. Primer lugar del Concurso Estatal de Cuento Histórico Epigmenio González 2019 en Querétaro. Primer lugar en la categoría de cuento del Concurso Literario SEJUVE 2019. Finalista en Nextía Festival Regional de Filosofía y Arte.

Carlos N. Castellón (México, 1983)

Ávido lector, aficionado a la escritura creativa, contador público por la Universidad de Guadalajara, estudiante de maestría.

Carlos Suárez (México, 1965)

Abogado por la UdeG. Egresado de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem). Autor del libro *Acá entre dos* presentado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2011.

Cristina Gutiérrez Mar (México, 1978)

Estudia el diplomado en la Sogem. Ganadora de poesía en el Concurso de Creación Literaria 2020 del Tec de Monterrey. Ha participado en las antologías *Cuento Corto Festival Rulfiano* (2019), *Caleidoscopio XV* (Sogem, 2018), *Caleidoscopio XVI* (Sogem, 2019), *Entre Tintas...Tinto* (2020) y *Gracias de Perro* (Media Luna, 2020).

Daniela Castillo Gómez (México, 1991)

Escritora tapatía adicta al té y a los finales tristes. Pasa más tiempo escribiendo para otros que para sí misma y tiene más cuentos sin terminar de los que le gustaría admitir. Pero por suerte aún le quedan muchas madrugadas de pandemia por delante.

Diego Covarrubias Quintana (México, 2002)

Nació en Guadalajara. Hijo único, pero hermano mayor de tres. Extrovertido y complejo. Disfruta de la literatura, las ciencias y el arte.

Diego Jesé Sedano Paz (México, 1999)

Nació, creció y vive en Guadalajara. Estudia la Licenciatura de Filosofía en la UdeG. Esta es su primera publicación.

Edgar Núñez Jiménez (México, 1991)

Sus escritos han aparecido en los libros *En-saya. Antología de ensayos universitarios* (Universidad Veracruzana, 2013), *Brevísimos* (Ediciones Equinoccio, 2019), *Esto solo podía pasar en verano* (I Concurso Informal de Microcuentos de Verano, España, 2019) y en *Perros y Gatos* (Sherezade, 2019).

Fernando Sánchez Clelo (México, 1974)

Entre sus obras más recientes están el libro de greguerías *La letra de bengala* (2019) y la novela *Un reflejo en la penumbra* (2016). Es compilador de *Cortocircuito* (2017) y colaboró en la antología *Resonancias* (2018), entre otros títulos.

Francisco Antonio León Cuervo (México, 1987)

Escritor y docente. Director de la revista *Nu Jñiñi Jñatjo* (El Pueblo Mazahua). Ha sido becario del programa Jóvenes Creadores del Fonca. Entre otros ha publicado *Las tierras del dolor. Yo jomú nu ú'ú* (2019) y *El eterno retorno* (2020). En 2018 obtuvo el Premio de Literaturas Indígenas de América.

Gabriela Mora (México, 2000)

Voló desde Cozumel a Guadalajara hace ocho años para estudiar en la UdeG, alma máter de su madre. Después de estudiar Negocios, decidió cambiarse a Letras Hispánicas.

Gilberto Moreno (México, 1975)

Narrador y ensayista. Autor de *Reencarnaciones* (La Zonámbula, 2017). Miembro emérito del Taller de Literatura de la Casa de Cultura de Ciudad Guzmán y amigo cercano de la Casa Taller Literario Juan José Arreola.

Héctor Daniel Olivera Campos (España, 1965)

Ganador de diez premios literarios, ha publicado relatos en diversas antologías y en revistas de España y Latinoamérica.

Inés Von Hurten (México, 1996)

Originaria de Guadalajara, Jalisco. Escritora irredenta, Community Manager y tallerista. Licenciada en Literatura y Creación Literaria, egresada de Casa Lamm.

Itza Ximena Solís Robles (México, 2005)

Nació en Guadalajara y vive con su mamá, su papá, su hermano menor y tres hermanos perrunos. Actualmente estudia segundo semestre de bachillerato en la Escuela Vocacional. Lee por disfrute desde los 7 y escribe desde los 13, así viaja sin salir de casa.

Iván Ramírez López (México, 1990)

Psicólogo y escritor. Forma parte de las antologías *Fulgor de la estrella negra. Homenaje a David Bowie* (La Tinta del Silencio, 2017), *Del futuro y otros menesteres* (Editorial Vocho Amarillo, 2019) y *Si era dicha o dolor* (Paraiso Perdido, 2018).

J. María López (México, 1990)

Licenciada en Derecho, apasionada lectora. Ha publicado cuento, poesía y ensayo: *En Tinta Café, Trapiche, Vívela Muerte y 400* (Consejo Editorial Cordobés). En 2018 obtuvo el segundo lugar en el Primer Concurso Nacional de Narrativa Lucova Editores.

Jania Godínez (México, 2000)

Nació en Guadalajara. Creció junto a perros y gatos. Terminó de escribir su primera novela a los 12 años. Vive con su madre y sus quince perros, y por las tardes estudia Letras Hispánicas en la UdeG.

Jennifer Guzmán Espinoza (México, 1999)

Residente en la Ciudad de México. Estudiante de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Jesús Guerra Medina (México, 1995)

Psicólogo. Ha sido colaborador de relatos en diversas revistas como *Digital Ibidem, Líneas de Cambio, Penumbria, La sirena varada, Revista Letras y Demonios, Luna, Espejo Humeante, En Sentido Figurado*, entre otras.

José Alberto Álvarez Moreno (México, 1994)

Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Ha participado en varios antologías de minificción a nivel nacional e internacional.

José Sánchez (Nicaragua, 1983)

En 2020 publicó el libro *Disparos rasantes*. Sus minificciones han sido incluidas en las antologías *Microficción Narrativa* (COMOARTES, Madrid), *Las huellas de las hormigas* (Parafernalia Ediciones Digitales, Managua) y *El hilo azul*, revista del Centro Nicaragüense de Escritores.

Karen Ríos (México, 1991)

Escribe de manera reciente y por curiosidad, como una especie de búsqueda. Terminó de imprimirse en 1991. Es de agua dulce y salada.

Karla Gabriela Barajas Ramos (México, 1982)

Ha publicado *Neurosis de los bichos* (La Tinta del Silencio, 2017), *Esta es mi naturaleza* (Surdavoz, 2018) y *Cuentos desde la Ceiba* (La Tinta del Silencio, 2019).

Karla Elizabeth Esquivias López (México, 1996)

Egresada de la Licenciatura en Psicología por la UdeG. Ganadora del VII Concurso Literario *Luvina Joven* en la categoría Luvinaria de cuento.

Leonardo García Lozano (México, 1975)

Ha sido finalista en dos concursos de cuento corto y minificción, únicas glorias que ha acariciado pues le va al Atlas. Profesor en el Centro Universitario de los Valles de la UdeG en la Licenciatura en Educación. Es coautor de cinco manuales de tutoría, ética y convivencia.

Luis Rico Chávez (México, 1966)

Doctor en Literatura y Lingüística de la UdeG. Promotor de lectura. Director editorial de la revista digital <http://www.agora127.com>. Sus últimos libros publicados son *Ala del silencio* (2020), *La historia como suceso cotidiano* (2019) e *Imaginación y sentido. Dinámicas de escritura creativa* (2016).

Marcelo Medone (Argentina, 1961)

Médico pediatra y escritor. Sus cuentos y microrrelatos han sido premiados y publicados en Argentina, Chile, Ecuador, Canadá, España y África. Su relato «Nada menos que Juan» (2010) fue publicado en castellano y portugués.

Marina Cabrera (México, 1985)

Tapatía de nacimiento. Amante de los libros desde niña y con el sueño de ser escritora desde temprana edad. Su mayor aspiración es compartir la pasión de contar historias con la sociedad mundial.

Marisol Ulloa (México, 1999)

Escritora. Trabaja actualmente en la Editorial TOT. Ha publicado cuatro novelas cortas en Amazon: *Padre Nuestro*, *Limbo*, *Cuentos de una mente torcida* y *La luz del fuego*.

Melanie Taylor (Panamá, 1972)

Violinista y escritora. Ha publicado minificciones en numerosas antologías. En 2019 sus textos aparecieron en la revista *Puñado* en Brasil y en la antología en inglés *Nothing Short of 100* publicada en Estados Unidos. Su blog literario es *Cuentos al Garete*.

Melissa C. Novo (Cuba, 1987)

Licenciada en Periodismo. Estudia la maestría en Ciencias Sociales en la UdeG. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso en 2012.

Oswaldo Estrada (Perú, 1976)

Narrador, ensayista y profesor de literatura latinoamericana. Suyos son *El secreto de los trenes* (UAM, 2018), basado en «El guardaguijas» de Juan José Arreola, y el libro *Luces de emergencia* (Valparaíso, 2019). Acaba de editar *Incurables. Relatos de dolencias y males* (Ars Communis, 2020).

Patricia Carrillo (México, 1982)

Licenciada en Literatura Latinoamericana, miembro de la Red Literaria del Sureste México-Nuestra América y mediadora del Programa Nacional Salas de Lectura. Mención Honorífica en el concurso «Minificciones sobre la radio» (Radio UNAM, 2019). Lectora y docente de bachillerato.

Paulo Verdín (México, 1978)

Licenciado en Derecho y en Letras Hispánicas. Maestro en Literatura Mexicana. Estudiante del doctorado en Humanidades de la UdeG. Escritor de minificción y *vlogger* literario en el canal de YouTube *Ficción Súbita*. Director de Effictio Editores.

Perla C. Hermosillo (México, 1982)

Doctora en Educación, maestra en Literatura Mexicana y licenciada en Letras Hispánicas por la UdeG. Escribe cuento corto y minificciones. Creadora de contenido literario del canal de YouTube *Ficción Súbita*, directora de Effictio Editores y profesora universitaria.

Samantha Lamariz (México, 2000)

Escribe para que nadie la interrumpa mientras habla. Escribe para que su futuro pueda testificar su pasado a través de tinta sobre papel. Y escribe porque teme perder su voz propia entre tantas voces contando historias en su cabeza.

Sara Magos Gómez (México, 1991)

Estudiante de la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG. Sus inquietudes literarias la han animado a escribir el breve relato con que participa en este libro, además de un par de poemas y un cuento, todos inéditos.

Soledad Flores (México, 1997)

Estudiante de Letras Hispánicas en la UdeG. Coordinadora de la *Antología de micro-cuentos: perspectivas en torno al acoso sexual*, próxima a editarse. Ha publicado en la revista *Letralia*.

Stella Maris Bellone (Argentina, 1965)

Docente de nivel inicial y psicóloga ya jubilada. Lee vorazmente desde los cuatro años, mucho, todo lo que cae en sus manos. Escribe porque se le impone, irrumpe con fuerza sólo detenida por su pereza. No tiene el oficio, intenta aprender.

Valeria Rodríguez Luna (México, 2004)

Estudia en la Preparatoria Regional de Puerto Vallarta, cursa el cuarto semestre.

Willan Castillo Briceño (Perú, 1980)

Estudió Antropología Social en la Universidad Nacional de Tucumán. Obtuvo el primer premio del Concurso Nacional ASONANSAS (Centenario) de poesía en 2019. Finalista del Concurso Internacional de Cuento y Ensayo La Chalina Roja (2020).

Yonnier Torres Rodríguez (Cuba, 1981)

Sociólogo, poeta y narrador. Autor de *Quinientas formas de morir* (Reina del Mar, 2016), *Azul pálido* (Ediciones La Luz, 2016) y *Dios no me tiene en cuenta* (Editorial Abril, 2018). Cuentos y poemas suyos han publicado en España, Colombia, Argentina, Bolivia, Alemania y Cuba.

Estas **Minificciones desde el encierro**, escritas como un ejercicio de creación en libertad pese al confinamiento, se terminaron de editar en noviembre de 2020, el noveno mes de cuarentena por la pandemia mundial de covid-19, en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara, José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657. Guadalajara, Jalisco.
